

P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

**SAN LORENZO DE BRINDIS
LUCHADOR CONTRA LOS TURCOS**

LIMA – PERÚ

**SAN LORENZO DE BRINDIS
LUCHADOR CONTRA LOS TURCOS**

**Nihil Obstat
Padre Ricardo Rebolleda
Vicario Provincial del Perú
Agustino Recoleta**

**Imprimatur
Mons. José Carmelo Martínez
Obispo de Cajamarca (Perú)**

**LIMA – PERÚ
2017**

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

CAPÍTULO PRIMERO: VIDA SEGLAR Y RELIGIOSA

Sus primeros años.

Noviciado.

Ciencia infusa.

CAPÍTULO SEGUNDO: APOSTOLADO SACERDOTAL

Sacerdote predicador.

Austeridad.

Predicando a los judíos.

Con los protestantes.

La misa.

Amor a la Virgen María.

Los santos.

La Cruz.

CAPÍTULO TERCERO: DEFENDIENDO LA FE

En la guerra.

Testigos oculares.

Providencia de Dios.

CAPÍTULO CUARTO: DONES SOBRENATURALES

Carismas a) Resplandor sobrenatural.

b) Éxtasis. c) Conocimiento sobrenatural.

d) Profecía. e) Visiones.

f) Dominio sobre los animales.

g) Don de curación.

Los demonios.

Embajador a España.

CAPÍTULO QUINTO: EN LA PAZ DE DIOS.

Su muerte.

Después de su muerte.

Hechos maravillosos.

Beatificación y canonización.

CONCLUSIÓN

BIBLIOGRAFÍA

INTRODUCCIÓN

La vida de san Lorenzo de Brindis es una vida hermosa, porque en él se manifiesta la gracia de Dios en todo su poder. Dios le dio algunos carismas extraordinarios, especialmente durante las batallas de los cristianos contra los turcos en que, yendo desarmado, solamente mostrando una cruz y bendiciendo a todos con ella, las balas se detenían o caían en lugares donde no había nadie e incluso en algunos casos hasta se regresaban contra los mismos enemigos. Son cosas que parecen imposibles, pero que los testigos oculares las cuentan por haberlas visto con sus propios ojos.

Por otra parte, tenía el don de conocer el hebreo, caldeo y griego por gracia divina sin haberlos estudiado. Fue un don que recibió de Dios por intercesión de la Virgen María, a quien tenía tanta devoción que consiguió del Papa poder celebrar todos los días, excepto en algunas fiestas especiales, la misa de la Virgen María. Y para celebrarla más devotamente pedía que siempre hubiera una imagen de la Virgen con el Niño Jesús ante su vista en el altar.

Hacía muchos milagros solamente con la bendición, haciendo la señal de la cruz sobre las personas; y después de su muerte por medio de sus reliquias. En sus sermones a los judíos les hablaba en hebreo y ellos creían que era judío de nacimiento por su buena pronunciación. En sus luchas y disputas con los protestantes en Alemania y Bohemia, Dios lo defendió de sus persecuciones y consiguió convertir a muchos de ellos. También convirtió a muchos malos católicos de sus malas costumbres.

En una palabra, su vida fue una continua gracia de Dios para todos los que se acercaban a él u oían sus sermones. Daba tanta importancia a la misa que, normalmente, se pasaba seis u ocho horas en la celebración y, en alguna oportunidad por Navidad, hasta 15 horas.

Ojalá que Dios nos dé la gracia de aumentar nuestra fe para que nunca dudemos de la presencia de Jesús en la Eucaristía. El veía a Jesús en la misa y lloraba de emoción. Amemos a Jesús y a María y nunca desconfiemos del perdón ni de la misericordia de Dios.

Nota.- *Sum* se refiere a *beatificationis et canonizationis servi Dei Laurentii a Brundusio, Positio super dubio*, Roma, 1756.

Cocaleo hace referencia el libro del Padre Buenaventura de Cocaleo, *Resumen histórico de la vida, virtudes y milagros del beato Lorenzo de Brindis*, Valencia, 1784. Este libro está basado en los procesos de canonización presentados a la Congregación de Ritos del Vaticano y por ello tiene mucha autoridad, porque son declaración de testigos oculares.

CAPÍTULO PRIMERO VIDA SEGLAR Y RELIGIOSA

SUS PRIMEROS AÑOS

Nuestro santo nació en Brindis, ciudad de Calabria (Italia) el 22 de julio de 1559, fiesta de santa María Magdalena. Sus padres fueron Guillermo de Rossi e Isabel Masella, personas honradas y buenas cristianas, descendientes de las más antiguas familias de la ciudad.

Fue bautizado al día siguiente de su nacimiento, el 23 de julio de 1599, por don Juan Sguri y le pusieron el nombre de Julio César. Siempre manifestó un ingenio perspicaz y buena memoria. Su padre murió, cuando él era todavía muy niño; y fue educado por su madre en las buenas costumbres. Desde pequeño se le notaba una gran devoción y amor a las cosas de la Iglesia y le gustaba predicar a sus amigos hasta el punto que, con cinco años, le dieron la oportunidad de predicar en una iglesia de Brindis. Algunos dicen que hacía cosas que asombraban a la gente, que iba a oírlo como si fuera un gran predicador ¹.

Plácido Imboverato refiere que su maestro fray Juan Domingo de Monopoli, cuando tenía que ausentarse de clase, encomendaba el orden al pequeño Julio César con el compromiso de que al regreso le contara lo sucedido. Quiso ser como su maestro y recibió el hábito de los conventuales franciscanos en su propia ciudad natal, pero sin compromiso alguno, solamente por devoción².

Cuando creció un poco y tenía unos trece años, se fue a estudiar a Venecia, donde tenía un tío sacerdote, el padre Piero Mendoza. Estuvo un año con su tío y, según nos refiere su prima Plácida Rubati en el Proceso de canonización, con 13 años ya se disciplinaba con el cilicio. Un día, estando en Venecia, se subió a una barca con una tía y sus tres hijas, primas suyas, para dirigirse a la iglesia de los capuchinos y asistir a las vísperas por la fiesta de la Ascensión. Después de la celebración, entraron a la barca para volver a casa y fueron sorprendidos por un fuerte viento que parecía que iba a sumergir la barca. Las mujeres gritaban. Julio César estaba tranquilo y les aseguró que nadie perecería e hizo con fe la señal de la cruz sobre el mar y éste se calmó ³.

Después de un año, pidió entrar de religioso con los capuchinos. Es de notar que, al llegar a Venecia, iba con su hábito franciscano y, al irse de capuchino, se lo dejó a sus primas. Su prima Plácida Rubati declaró: *Ese hábito*

¹ Sum p. 34.

² Sum p. 32.

³ Cocaleo p. 10.

*se lo ponía mi hermana Prudencia, que era de su misma edad, y según crecía, también crecía el hábito franciscano. Cuando él murió, quedó en mi poder y cada una de nosotras lo hemos llevado por devoción*⁴.

NOVICIADO

Entró en el noviciado de Verona el 18 febrero de 1575 y, a partir de ese día, se llamó fray Lorenzo de Brindis. Estando en Verona, oyó un día predicar al padre Ebreesto, dominico, y al volver al convento escribió todo el sermón. Llegó este escrito a mano de su Superior y, visitando cierto día al padre Ebreesto, le mostró su propio sermón, quedando sorprendido por la felicísima memoria de nuestro novicio.

Su prima Cristina Rubati declaró que durante el año de noviciado estuvo enfermo y físicamente se le veía muy débil. Los Superiores dudaron de que pudiera soportar las austeridades de la Orden y, a la hora de aceptarlo para la profesión, pasó por un solo voto de diferencia. Profesó de votos solemnes el 24 de marzo de 1576 y sus Superiores lo enviaron a Padua a estudiar filosofía bajo la dirección del padre Francisco de Mecina.

Después de su profesión, llegó a estar muy enfermo por una indisposición de pecho tan dolorosa que los Superiores se vieron obligados a quitarle los estudios para conservarle la vida, pareciéndoles que por su dolencia no podía estudiar, pero fue curado milagrosamente por la Virgen María.

A lo largo de su vida tuvo muchas veces dolores atroces a los riñones, especialmente cuando estaba en Alemania. Después le sobrevino la gota, que le dejaba sin movimiento, debiéndose valer de otro religioso para sus urgencias corporales y, a pesar de todo, siempre lo vieron contento y alegre sin quejarse nunca. En sus dolores solía repetir: *Alabado sea Dios y la Virgen santísima*.

Después que fue curado por la Virgen, no solo le tomó un cariño y devoción muy especial a lo largo de su vida, sino que pudo estudiar y dejó a sus compañeros y maestros asombrados de su sabiduría.

⁴ Sum p. 34.

CIENCIA INFUSA

El padre Andrés de Venecia declaró que *el mismo padre Lorenzo le había declarado confidencialmente que toda su doctrina la había recibido por gracia especialísima de Dios, como ciencia infusa, especialmente la lengua griega, hebrea y caldea* ⁵.

El padre Felipe de Parma aclaró que estas lenguas las había aprendido por revelación como un regalo por medio de la Virgen María ⁶. Además aprendió con facilidad francés, español y alemán. Estas lenguas, además del latín, que había estudiado, le vinieron muy bien en sus viajes apostólicos, pues estuvo en distintos lugares y países de Europa y pudo predicar en la lengua del lugar.

Afirma el padre Juan Semproni, predicador capuchino, que el padre Lorenzo tenía una buenísima memoria, y una vez, hablando con él, le preguntó cómo hacía para predicar sin estudiar. Él me dijo: *Cuando comienzo a predicar se me abre el entendimiento y la memoria. No dijo más, pero con la mano dio a entender que era como si viese en un libro lo que iba predicando. Cuando era general o provincial o visitador general, oía a todos los religiosos y no escribía nada. Sin embargo, se acordaba de todo lo que le habían dicho. Y citaba la Escritura, tanto en el texto hebreo como en latín, de modo que parecía que tenía toda la Biblia en la mente* ⁷.

El padre Gaspar de Gasparotti refiere que, siendo el padre Lorenzo general de la Orden, cuando caminaba, primero iba en silencio. Después de haber caminado un poco, comenzaba a hablar sobre cosas de Dios y de la Escritura con tanta sabiduría que parecía que la sabía de memoria como el padrenuestro. Era muy versado en hebreo; y una vez en Tolosa (Francia), viendo ciertos escritos judíos, preguntó quién los había escrito. Y mostró mucho agrado al saber que lo había hecho un estudiante nuestro. Una vez en Barcelona, durante la visita y capítulo provincial, examinó a algunos estudiantes para ser predicadores y manifestó tanta doctrina que algunos lo llamaban otro santo Tomás ⁸.

⁵ Sum p. 54.

⁶ Sum p. 40.

⁷ Sump. 51.

⁸ Sum p. 42.

CAPÍTULO SEGUNDO APOSTOLADO SACERDOTAL

SACERDOTE PREDICADOR

Concluyó sus estudios con 23 años y, antes de que fuera sacerdote, sus Superiores le encomendaron predicar la Cuaresma en la iglesia de San Juan Nuevo en Venecia. Uno de esos días una señora importante de la ciudad quedó tan impresionada por sus palabras que se convirtió y, al terminar el sermón, se fue a buscar a un confesor para hacer una confesión general de su vida con verdadera contrición de corazón ⁹.

Toda su vida fue un gran predicador. Sobre esto Marco Antonio Ponzio refiere: *Yo oí predicar dos veces al padre Lorenzo en Pavía. Cuando fue a predicar a la iglesia de San Miguel fue tanto el concurso de gente que quería oírlo que, cuando llegó el obispo, tuvo que quedarse apoyado junto al altar mayor durante el tiempo de la prédica por no haber podido llegar a la sede episcopal para sentarse. La gente no cabía en la iglesia a pesar de estar las puertas abiertas. Predicaba con tanto amor y con tanta fuerza contra los pecados que conmovía el corazón y muchos lloraban. Hizo mucho fruto y convirtió a muchos* ¹⁰.

En un principio no quería ser sacerdote, sino solo hermano laico, pero sus Superiores tuvieron que mandárselo por obediencia. Su prima Cristina afirma que esto lo sabe porque se lo contó el tío Pedro Mendoza de Venecia ¹¹.

Fue ordenado sacerdote en 1582 con 23 años y los Superiores lo nombraron predicador, profesor de Teología y maestro de novicios.

⁹ Cocaleo p. 28.

¹⁰ Sum p. 223.

¹¹ Sum p. 39.

AUSTERIDAD

Tan templado era en el comer que apenas tomaba lo necesario para mantener la vida. Fray Francisco de Vallebiadene declara: *Era muy parco en la comida, mas con tal arte y prudencia, que era menester mirarle bien, para conocer algo de su abstinencia; porque él no hablaba palabra, ni de lo poco, ni de lo mucho, sino que dejaba hacer a quien cuidaba de él; jamás le oyeron una palabra de su boca, de si esto me agrada o lo otro no me agrada; solo tomaba para socorrer su necesidad, y muy escasamente. Su beber era agua teñida con cuatro gotas de vino, que bien se podía llamar lo que bebía agua pura; y esto yo lo he visto y he observado, tanto estando bueno, como enfermo; pues, siendo yo enfermero, lo veía y notaba todo a mi satisfacción, lo que también observaba cuando yo le administraba la comida en el comedor, estando siempre a su vista, mientras comía. Se alegraba mucho cuando su comida se componía de yerbas crudas como rábanos, achicorias y tallos de otras yerbas, sin aceite y solo con un poco de sal*¹².

Era muy celoso de la pobreza franciscana. Visitando dos conventos de la provincia de Otranto, encontró algunas curiosidades y adornos y mandó a los religiosos que lo imitaran y con pico y pala demolió aquellas cosas superfluas. En un convento de Cataluña encontró un sepulcro labrado con mucha suntuosidad y magnificencia, que una persona eclesiástica de mucho poder había mandado hacer y, mandó que, si esa persona no lo quitaba, dejaran todos ese convento. Gracias a Dios la persona importante, informada del asunto, quitó el sepulcro y pudieron quedarse los religiosos. También, visitando un convento de España, encontró uno recién hecho con celdas y oficinas grandes y bien adornadas, claustros anchos, paredes bruñidas y blanqueadas, que desdecían de la pobreza, y él maldijo el convento, no a los religiosos. Y un día que fueron todos a una procesión, se cayó el convento hasta los cimientos y sólo quedó en pie la iglesia, que había sido edificada según la pobreza franciscana.

El padre Gaspar de Gasparotti recuerda: *Cuando el padre Lorenzo era general y yo caminaba con él, siempre lo veía caminar sin zapatos con las simples suelas (como abarcas). Caminando soportó muchas incomodidades, pasando montes en tiempo de frío, de vientos, de lluvia y sufriendo hambre y sed y otras cosas, pero siempre con gran paciencia sin quejarse. Un padre francés, el año 1625 refirió que, cuando el padre estuvo en Marsella en un convento, le dieron, siendo general, vinagre en vez de vino, y él lo bebió sin hacer la mínima señal de disgusto*¹³.

¹² Sum p. 283.

¹³ Sum p. 272.

Sufrió muchas veces de dolores de pies y manos (podagra y quiragra), gota en los pies y en las manos.

Su compañero refiere: *Predicando en Nápoles en la iglesia del Espíritu Santo, manifestó una mañana la gran necesidad, que tenían las pobres monjas de aquella ciudad, ponderando con tal fervor esta urgencia, que vuelto con el mismo fervor hacia mí, que le asistía de compañero en el púlpito, me mandó que le diera su manto, que yo guardaba, y así que le tuvo lo arrojó del púlpito, diciendo: “Yo, aunque general de mi pobre Religión, no puedo disponer de otro que de este manto, lo doy de limosna, y sirva para remedio de alguno”. Y acabado el sermón, noté un hecho memorable de este padre, pues bajando del púlpito, cansado y sudado, me pareció darle mi manto en vez del suyo, pero él no quiso tomarlo, antes bien contento de salirse de aquel modo por medio del auditorio que había en la iglesia, así llegó hasta su celda. Yo creo que no hizo esto por otro fin, sino porque el pueblo viera que él andaba medio despojado por socorrer las necesidades de sus prójimos. Y que esto sea la verdad, se vio claramente, pues estando ya en su celda fue un eclesiástico de la referida iglesia, y le llevó su manto; pero por ningún caso quiso recibirlo, diciendo: “Yo he dado este manto de limosna”. Por lo que dicho eclesiástico lo llevó a las citadas monjas, llegando a manos de la abadesa. Y recuerdo también que al punto el provincial mandó darle otro manto viejo de los de nuestra Comunidad, del cual se sirvió después en todos los sermones que predicó en lo restante de la Cuaresma en esa iglesia* ¹⁴.

PREDICANDO A LOS JUDÍOS

Nos dice el padre Andrés de Venecia: *Cuando yo era su compañero, lo vi hablar a los judíos. No los reprendía, sino que los llamaba hermanos y todos quedaban contentos; y después de predicarles una Cuaresma, ellos le dieron dinero y alimentos, aunque él no los aceptó* ¹⁵.

Juan Semproni cuenta: *Cuando el padre Lorenzo estuvo en Casale de Monferrato, fue a visitar al obispo y después predicó en la catedral y tuvo una prédica para los judíos. Por orden del obispo y del gobernador asistieron todos los judíos, hombres y mujeres. La prédica fue casi toda en lengua hebrea y los judíos, especialmente los rabinos, decían: “Hemos oído a muchos predicadores, pero nunca habíamos oído algo semejante, parece que el padre es judío de nacimiento y habla hebreo mejor que nosotros”* ¹⁶.

¹⁴ Sum p. 249.

¹⁵ Sum p. 55.

¹⁶ Sum pp. 51-52.

El hermano Francisco de Vallebiadene declaró: *Yo estaba en Mantua cuando el padre Lorenzo predicaba los sábados a los judíos y oía algunas de sus prédicas. El padre llevaba algunos libros en hebreo y leía en el púlpito la Biblia en esta lengua y les hacía entender lo que se refería al Mesías y les hacía notar las falsedades de cómo interpretaban algunos textos y también les citaba la Biblia en latín y en la lengua del pueblo* ¹⁷.

El padre Felipe de Parma añade que, *estando el padre Lorenzo en Praga, en casa del Nuncio Apostólico Spinelli, un día disputó con los rabinos y jefes judíos, hablando en hebreo. Ellos trajeron sus libros y el padre los refutaba de memoria sin tener ningún libro a la mano. Y aunque eran varios contra él, quedaron confundidos* ¹⁸.

El padre Juan Bautista Squillacensi expresa que *el padre Lorenzo les predicaba a los judíos de Roma y, cuando fue elegido general, tuvo que dejar esas prédicas. Al terminar su generalato y volver a Roma, al encontrarse con algunos judíos que lo conocían, hicieron gran fiesta, porque desde su partida estaban desconsolados y decían que, si él volvía a enseñarles, había esperanza de que se convirtieran* ¹⁹.

CON LOS PROTESTANTES

El año 1598 se celebró el Capítulo general y el Papa Clemente VIII mandó decir al general que mandase religiosos a Bohemia, porque el emperador Rodolfo había insistido mucho en ello. Escogieron al padre Lorenzo y a otros 13 religiosos. Llegaron a Praga y esperaron al archiduque, que estaba en la guerra en Hungría.

En Praga había muchos herejes. Un día cinco o seis de ellos encontraron en un puente al padre Lorenzo y lo agarraron por la barba, lo tiraron al suelo y le dieron patadas. También quisieron golpearme a mí (padre Ambrosio de Florencia), pero en aquel momento apareció en la otra parte del puente el sobrino del Nuncio Spinelli, que iba con dos sirvientes, quienes sacaron sus espadas contra los herejes, que huyeron, y así escapamos del peligro. Ayudé a levantarse al padre y le pregunté si le habían hecho daño y respondió con sencillez: “Me han hecho daño” ²⁰.

¹⁷ Sum pp. 53-54.

¹⁸ Sum p. 60.

¹⁹ Sum p. 59.

²⁰ Sum pp. 87-88.

Sufrió muchas persecuciones de los protestantes. Cuenta el padre Francisco Castillione: *Mientras yo estaba en Praga, un astrólogo protestante llamado Policarpo, le aseguró al emperador que lo asesinaría un capuchino, por lo que le aconsejaba que expulsara de sus reinos a todos los capuchinos. El emperador le creyó y decidió expulsarlos. El padre Lorenzo fue a predicar y allí pidió permiso a todos para partir a su tierra con todos los capuchinos. Divulgado el hecho por la ciudad, se movió el canciller de Bohemia y le aconsejó a su Majestad que dejara el decreto sin efecto y así pudieron permanecer. El mismo emperador ayudó para la construcción en la ciudad de Praga de un convento. Fundó un convento en Viena, otro en Praga y otro en Gratz en Stiria.*

En otra oportunidad, una persona protestante muy notable de Praga, el barón Ghinzighi, dio a entender que quería masacrar al padre Lorenzo. Cuando se lo dijeron al padre, tomó la decisión de ir a su casa y manifestar al protestante, no sólo que no lo odiaba, sino que lo amaba. Y tomó una mochila de las que llevaban los hermanos laicos para pedir la limosna y se fue a casa del barón. Cuando llegó a la casa, pidió limosna y el protestante le hizo pasar a Lorenzo con su compañero. Cuando se dio cuenta que era el padre Lorenzo, quedó asombrado y lo hizo pasar al comedor donde había otros invitados; lo hizo sentar a su lado, se amistarón y le dio una buena limosna ²¹.

El padre Francisco Castillione refiere: *Cuando estuve en Praga, llegó el duque de Sajonia (protestante) y se alojó en el castillo real. Con este motivo un predicador protestante tuvo el atrevimiento de predicar allí públicamente. El padre Lorenzo predicaba en la iglesia de los capuchinos de Praga y, al enterarse de la prédica del protestante, invitó a su sermón a todos los consejeros de Su Majestad para que estuvieran presentes, ya que iba a demostrar la falsedad del hereje. Hubo mucha gente y el padre Lorenzo refutó punto por punto lo que había dicho el anterior predicador y, no contento con esto, tiró desde el púlpito algunos libros, diciendo que los leyesen en tales y tales lugares. Muchos protestantes venían a sus prédicas y disputaban con él y él los confundía y algunos se convertían ²².*

El Papa Pablo V, por petición del emperador de Austria, le concedió en 1606 todas las facultades necesarias para predicar en toda Alemania, yendo como Comisario general. Con la bendición del Papa, partió de Roma. Viajando de Augusta a Praga, pasó por Donavert y, viéndolo unos jóvenes, empezaron a gritar, *Capuciner capuciner, speck, speck*, que significa *Capuchinos, capuchinos, cochinos, cochinos*. Y así, en medio de un nutrido grupo de herejes, llegó con su

²¹ Sum p. 47.

²² Sum pp. 43-44.

cruz en la mano al convento de los benedictinos de la ciudad, donde fue generosamente recibido. Los benedictinos le contaron que unas semanas antes los herejes habían desbaratado una procesión católica, maltratándolos y gritando que eran idólatras. Cuando llegó a Praga, habló de lo sucedido al Nuncio pontificio y al mismo emperador; y lo habló en los púlpitos donde predicaba. Al año siguiente, 1607, el emperador mandó al duque de Baviera que castigase a los habitantes de Donavert y restituyó el culto católico para que nadie pudiera impedirlo.

El barón Francisco Vicecomes declaró: *Cuando en 1611 el duque de Baviera vio la decisión del padre Lorenzo de predicar en algunas partes de Alemania, me mandó acompañarlo con 25 soldados por el peligro de que fuera asesinado por los herejes. Donde predicaba, era mucho el fruto espiritual conseguido. Muchos católicos se confirmaban en su fe y dejaban sus pecados y hacían penitencia. Muchos herejes se convertían y abjuraban de la herejía, de lo que soy testigo ocular... Él me dijo que estaba dispuesto a derramar su sangre y dar la vida por la propagación de nuestra fe... En una ocasión, caminábamos por tierras de herejes. A la hora de la comida, estábamos él y yo solos. De pronto me dijo: “Rápido, montad a caballo con toda la gente, porque vienen los herejes a hacernos daño”. Todos nos fuimos a los caballos y dijo: “Vayamos por esta parte”. Cuando entramos en campo abierto, vimos una gran multitud de personas a caballo y a pie, todos armados, que venían por nosotros y eran herejes. Todos ellos habían bajado de los montes y de los lugares vecinos por orden del patrón del lugar, que era hereje. La orden era que nos cortaran a pedazos. Los herejes serían unos 700 y nuestros soldados eran unos 25. El padre tomó en la mano la cruz que llevaba al cuello y yo hice tocar la trompeta con el fin de combatir; y fue cosa admirable, ya que aquellos herejes se llenaron de miedo y huyeron. Pienso que el padre Lorenzo supo por divina revelación la llegada de los herejes y lo predijo*²³.

El padre Alberto Rollini dice: *Yo era compañero del padre Jacinto Natta, capuchino, predicador apostólico, que luchó por la formación de la Liga católica en Alemania, pero oí a algunos príncipes decir que el primer autor y promotor de la Liga católica había sido el padre Lorenzo.*

El duque de Baviera afirmó: *Toda Alemania y toda la cristiandad tiene perpetua obligación con el padre Brindis, porque por su medio se hizo la Liga católica, de la que se derivó tanto bien para el imperio y para la Iglesia*²⁴.

²³ Sum pp. 48-50.

²⁴ Sum p. 47.

Predicando en Praga, dijo en un sermón *que él estaba pronto a perder, no sólo una cabeza, sino cientos, si las tuviera, por la fe católica, que no cesaría jamás de oponerse con todas sus fuerzas, aunque le costase derramar su sangre, por propagar la fe católica* ²⁵.

Con respecto a los musulmanes, el rey Felipe III de España le consultó al padre Lorenzo sobre la idea que tenía de expulsar a los moriscos (falsos convertidos a la fe cristiana de la musulmana) y que se unían a los piratas que asolaban las costas y eran un gran peligro para la paz de España. El padre Lorenzo le contestó, después de haber orado sobre este asunto, que la voluntad de Dios era la expulsión de los moriscos. El rey la puso en ejecución en 1610 y 1614 y salieron unos 300.000.

LA MISA

El padre Andrés de Venecia refiere: *Durante cinco años yo fui su confesor y cada mañana antes de la misa se confesaba conmigo y cada vez con lágrimas y, no sólo evitaba los pecados graves, sino también los veniales* ²⁶.

El padre Juan María de Monteforte declaró: *El padre Lorenzo me ordenó que, para celebrar la misa, le consiguiera una imagen de la Virgen María con el Niño Jesús. Al principio duraba solo media hora, después era hora y media; después del generalato se alargaba más. Y cuando estaba sano y sin urgencia de viajes, se alargaba siete u ocho horas. En los viernes y sábados, normalmente estaba nueve horas. En las solemnidades del Señor, de la Virgen o de algunos santos de su especial devoción, como san José, san Lorenzo, santa Magdalena, estaba más de nueve horas. El día de Navidad estaba 16 horas. Ahora bien, cuando estaba de viaje fuera de un convento y no había facilidad, sólo duraba una hora. Normalmente, celebraba la misa de la Virgen por privilegio de la Sede apostólica, a no ser en alguna solemnidad del Señor o de algún santo* ²⁷.

El padre Gaspar de Gasparotti refiere: *Yo era compañero de viaje del padre Lorenzo y muchos días caminábamos treinta o cuarenta millas. Al llegar a algún convento, el padre se levantaba por la mañana normalmente, mientras yo estaba tan cansado que casi no podía levantarme, pero me levantaba y lo veía ya en el coro. Recuerdo que nunca lo vi dejar la misa, a no ser cuando viajábamos por mar, ya que no querían detenerse ni bajar a tierra. Cuando organizaba los*

²⁵ Sum p. 44.

²⁶ Sum p. 229.

²⁷ Sum pp. 70-71.

viajes, se programaba para celebrar misa todos los días. Me acuerdo que al pasar de Suiza a Borgoña, después de haber caminado la vigilia del día de san Lorenzo desde la mañana hasta mediodía, preguntó cuánto faltaba para llegar al lugar donde podíamos celebrar misa. Respondieron que 40 millas. Esa misma tarde hicimos otras 20 millas y al día siguiente hicimos las 20 millas restantes para llegar a lugares católicos, pues habíamos pasado por lugares protestantes. Todos los trabajos eran pocos con tal de no dejar la santa misa ²⁸.

El médico Horacio Torres declaró: *Un día de invierno, que hacía mucho frío, fui llamado al convento para ver al padre Lorenzo, que estaba enfermo con fiebre. Al llegar me dijeron que estaba celebrando la misa desde hacía algunas horas, y que podía tardar aún bastante para terminar. Yo hice saber que por mis ocupaciones no podía esperar mucho. Le avisaron al padre y no tardó mucho en terminar la misa. Después fue llevado en brazos de dos padres a su celda, porque sufría de podagra, fuertes dolores a los pies. Vi que tenía la rodilla izquierda muy hinchada y se lamentaba de que hasta la tela que lo cubría le hacía sufrir. Sus manos estaban muy frías y traté de calentárselas y pude entender que el hecho de estar de pie en el altar por varias horas, mientras celebraba la misa, era algo sobrenatural* ²⁹.

En Génova y Milán refiere el padre Alberto de Rollini: *Yo he visto al padre Brindis, que en el tiempo de su gota, cuando más lleno de dolores y cuando no podía moverse, entonces se hacía llevar al altar; y después comenzaba a vestirse, con lo que iba cobrando fuerzas, se levantaba en pie, empezaba y proseguía su misa, durando ella por muchas horas; y así que concluía la misa y se quitaba los ornamentos, volvía a su primera flaqueza, y de nuevo le volvíamos en brazos a la cama; esto yo lo he visto, y creo que era un gran milagro. Hallándome en Génova oí hablar de esto al médico ordinario del convento, el que reflexionando sobre el estado del padre Brindis mientras padecía la gota, viendo cómo se hacía llevar al altar, que allí recobraba las fuerzas, y que celebraba la misa continuándola por muchas horas, afirmó que él reputaba esto por un gran milagro* ³⁰.

Lo propio depuso entre otros uno de sus compañeros con estas palabras: *En los tres años y medio, que yo fui su compañero, este padre Brindis enfermó muchas veces de gota, como sucedió en Venecia, Bassano, Milán y Génova, y llegaba a término, que por sí no podía menearse, ni otro le podía tocar sin causarle gran dolor; y de esta suerte siempre quería decir misa; y yo ayudaba a llevarle al altar, en donde así que empezaba a vestirse los ornamentos sagrados,*

²⁸ Sum pp. 260-261.

²⁹ Sum p. 73.

³⁰ Sum p. 68.

*adquiría nuevas fuerzas, y acabando de vestirse quedaba tan fuerte, como si no estuviera enfermo; y estando así en pie celebraba la santa misa. En este estado de enfermedad le habré ayudado yo a la misa en tres años y medio cerca de cien veces. Acabada la misa, volvía a su primera enfermedad, necesitando le llevásemos a la cama. Esto lo sé, porque lo he visto y practicado como compañero, que siempre le serví por todo el tiempo de sus últimos tres años y medio de vida*³¹.

La compañera de la reina de Mónaco de Baviera manifestó: *Noté que dicho padre mientras celebraba, estaba lleno de una devoción tan grande que unas veces manifestaba estarse abrasando, otras se llenaba de una alegría admirable y muchas veces prorrumpía en copiosísimas lágrimas, con las que empapó siete pañuelos, que yo a tiempo había prevenido, seis por orden de mi señora y el séptimo lo dispuse para mí. Concluida la misa, me di prisa para recobrar aquellos siete pañuelos. Di los seis a la princesa y el séptimo lo alcé para mí y, cuando me fui de Mónaco, me lo llevé y siempre lo he conservado y al presente lo guardo como santa reliquia*³².

Por su parte el padre Juan Semproni refiere: *En los tres años que yo fui su compañero permanente, nunca dejó de celebrar la misa y, cuando estábamos de viaje, se aseguraba desde el día anterior de poder celebrar en algún lugar en la mañana siguiente. Una vez el día de Navidad en Génova, le duró la misa 15 horas con muchos suspiros, como si estuviera ebrio del amor de Dios, y decía palabras como si estuviera hablando con Jesús o con la Virgen María. Tenía el don de las lágrimas en la misa y empapaba algunos pañuelos, secándose las lágrimas. Estos pañuelos, aplicados a los enfermos han curado*³³.

*Cuando terminaba de celebrar la misa, quedaba con un rostro sereno y hermoso, que alegraba a quien lo veía*³⁴. *Después de la misa quedaba con una cara como de ángel, que llenaba de alegría y devoción a quien lo miraba*³⁵.

³¹ Sum p. 71.

³² Cocaleo pp. 172-174.

³³ Sum p. 74.

³⁴ Sum p. 81.

³⁵ Cocaleo p. 170.

AMOR A LA VIRGEN MARÍA

El padre Luis de Venecia certifica que una vez, *en un monasterio de la Orden capuchina donde yo estaba, dio a entender que había aprendido toda la ciencia que tenía milagrosamente de la gloriosa Virgen María* ³⁶.

El padre Alberto de Rollini nos asegura: *El padre Lorenzo era devotísimo de la Virgen santísima y, cuando estuve en Alemania, muchos religiosos nuestros me dijeron que, mientras el padre celebraba la misa en la capilla debajo del coro de nuestro convento de Praga, una imagen de relieve de la Virgen le habló*³⁷.

Cuando escribía cartas terminaba con estas palabras: *Nos cum prole pia benedicat Virgo María* (que la Virgen María nos bendiga con su hijo Jesús). Cuando bendecía a los enfermos con la señal de la cruz, decía: Por la señal de la cruz y por el santo nombre de Jesús y de María, te libere Dios.

En las tentaciones de impureza aconsejaba acudir a Dios y a la Virgen María y decir: *Por la purísima virginidad de Jesús y de María, líbrame, Señor, del espíritu de fornicación* ³⁸.

El padre Patricio de Venecia nos dice que *el padre, cuando llamaba a alguien, le decía Ave María y, cuando respondía, decía también Ave María* ³⁹.

*Deseando que muchos fueran devotos de la Virgen María les contaba que en el noviciado era muy delicado de salud y, a pesar de esto, empezó a ayunar los sábados en honor de la Virgen. Así comenzó también a mejorar y engordar. Pero después, aflojando en esta devoción por consejo de un Superior, que, compadeciéndose de su poca edad y vacilante salud, temía le hiciese daño, entonces volvió a su primera debilidad y flaqueza. Rogó a su Superior que le dejase volver a sus ayunos y, con esta sola medicina, mejoró en la salud perdida*⁴⁰.

Acostumbraba hacer oración delante de una imagen de la Virgen pintada en una capilla de la iglesia de los capuchinos del lugar. Una vez, estando en oración, prorrumpió de improviso en llanto. Acudieron los religiosos y, hallándolo en un mar de lágrimas, le preguntaron por el motivo del llanto, pero él no les quiso responder. Al día siguiente, el Superior le insistió en que le dijera la

³⁶ Sum p. 36.

³⁷ Sum p. 261.

³⁸ Sum p. 114.

³⁹ Sum p. 62.

⁴⁰ Cocaleo p. 186.

causa y él respondió que la Virgen lo había curado del grave y peligroso mal del pecho, que había padecido desde joven ⁴¹.

El padre Juan María de Monteforte refiere: *Cuanto más adelantaba en edad, tanto más crecía en esta devoción y afición; y quedó reducido a tal término en los últimos años de su vida que inmediatamente que oía hablar de Dios o de su Madre, de repente quedaba como fuera de sí; abstraído de tal modo, que por más que los personajes con quienes trataba fuesen grandes, por ningún modo podía atenderlos, y se quedaba cuartos de hora enteros absorto y abstraído. Y yo me he hallado presente a esto muchas veces, y lo he visto y observado todo: yo he oído a muchas de estas personas, como es el señor duque Doria, algunos nobles venecianos y otros, que hallándose en varias ocasiones con el padre, y sucediendo lo que acabamos de decir, entonces dichas personas santamente quejosas se decían: “Nosotros hemos perdido la conversación con el padre, ya está todo absorto en Dios y en la santísima Virgen” ⁴².*

LOS SANTOS

Amaba mucho a los santos, con quienes tenía una comunicación familiar. *Visitaba los lugares en que habían estado, sin reparar en las fatigas. Cuando estuvimos en Francia, nos llevó hasta lo más alto del monte en donde santa María Magdalena, encerrada en una estrecha cueva, había hecho penitencia. Allí, como si no estuviera cansado del viaje, con el mayor fervor y devoción, celebró la santa misa y a nosotros, por su mano, nos dio la comunión ⁴³.*

El padre Ambrosio de Florencia declaró: *Muchas veces, yendo yo a hablarle, oía conversación dentro de su habitación y, no sabiendo quién pudiese estar dentro con él, me paré a escuchar un poco, y oí como un diálogo que suele hacerse entre dos, y el padre con voz llorosa muchas veces quedaba sin responder. Volviendo de allí un poco, y preguntándole quién había estado con él, me respondía solo con esta palabra: ¡Qué simpleza! ⁴⁴.*

Entre los santos amaba de modo especial a su padre san Francisco, a san Lorenzo mártir, a santa María Magdalena y a san José.

⁴¹ Cocaleo p. 187.

⁴² Sum p. 225.

⁴³ Sum p. 260.

⁴⁴ Sum p. 232.

LA CRUZ

El padre Juan María de Monteforte refiere: *El padre Lorenzo llevaba de día y de noche al cuello una cruz de madera, dentro de ella había introducido algunas reliquias de tierra del Calvario, reliquias de san Lorenzo mártir y otras. Llevaba el padre esta cruz pendiente del cuello con un cordón, caída sobre su pecho, y aun se extendía más abajo de la cuerda con que ceñía el hábito. Estaba sobre el hábito cubierta con un pedazo del mismo sayal, acomodado de modo que la pudiese sacar fuera cuando lo necesitaba. En el tiempo que yo estuve en Praga, con ocasión que predicaba el padre y debía secarse después del sermón, observé que llevaba esta cruz; mas por entonces no la pude ver. Después, en los últimos tres años y medio, cuando yo serví al padre, tuve el gusto de verla muchas veces descubierta, y noté que continuamente, de día y de noche, la llevaba consigo. Cuando después enfermó de muerte, considerando yo que aquella santa cruz, tanto por ser grande, cuanto por su peso, le aumentaba al padre los dolores, le rogué que tuviese a bien dejarla; pero él nunca consintió, y la tuvo consigo siempre con grandísima devoción hasta que expiró* ⁴⁵.

Era una cruz de madera, de un palmo de largo, y con ella bendecía a los soldados en las batallas y hacía milagros, aunque muchas veces bastaba con que hiciera la señal de la cruz con la mano sobre la frente de las personas.

Viajando una vez el siervo de Dios por Alemania con algunos compañeros suyos, entraron en una casa de posada para tomar algún alimento: *Encontraron algunos herejes, que estaban comiendo; y uno de los principales así que vio entrar al padre, empezó a hacerle befas y escarnios, diciéndole malas palabras en lengua alemana, que la entendió bien el padre Brindis. No respondió palabra, ni hizo el menor caso. Pero uno de los que allí estaban se volvió contra el hereje, diciéndole: “Este padre es un hombre santo, que ganó la victoria de Hungría por medio de la santa cruz, cerca de Alba Real (Belgrado)”. Al oír esto el referido hereje, empezó a blasfemar de la cruz y maldecirla. Lleno de celo el padre, en honra de la santa cruz, sacando la que llevaba en el pecho, y enarbolándola en su mano al mismo tiempo, le dijo al hereje: “Por el honor de esta cruz, que tú has maldecido, te dé Dios el merecido castigo”. En aquel mismo instante cayó el hereje muerto en tierra, quedándole la boca abierta y toda la lengua fuera. Los compañeros se convirtieron a la fe católica* ⁴⁶.

⁴⁵ Sum p. 226.

⁴⁶ Sum p. 61.

CAPÍTULO TERCERO DEFENDIENDO LA FE

EN LA GUERRA

El padre Ambrosio de Florencia refiere que, *después que el ejército cristiano había conquistado Belgrado (Alba Real la llamaban otros), los turcos regresaron con 80.000 soldados. Los cristianos eran unos 18.000. El general del ejército imperial hizo salir a varios miles para detener a los turcos antes de que llegaran a sitiar la plaza. En una de las escaramuzas, el caballo del padre Lorenzo se metió entre los turcos. Uno de ellos levantó su cimitarra para golpearlo, pero su caballo se dio la vuelta de inmediato y no pudo golpearlo. Algunos soldados, que vieron eso, comenzaron a gritar: “Que matan al padre”. Entonces el coronel Altain dio una estocada al turco que lo seguía y lo tiró al suelo y, si no lo hubiera defendido, el padre hubiera podido ser herido de muerte. Le dijeron que se retirase, que ese no era su lugar, pero el padre gritó: “Señores, adelante, adelante, éste es mi lugar, victoria, victoria”; y todos se animaron e hicieron huir a los turcos, dejando unos 20.000 muertos... los turcos se atrincheraron lo mejor que pudieron y en la noche huyeron. Algunos atribuyeron la victoria a los religiosos, especialmente al padre Lorenzo, que en la batalla llevaba la cruz en alto, animando a todos*⁴⁷.

El señor Carlos Vicecomes nos informa: *El padre no llevaba armadura, sino su sencillo hábito capuchino; y con una cruz en la mano recorría sin temor los lugares de la batalla. La conquista de Belgrado se hizo con facilidad, pero regresó el ejército turco, atacando con fuerza y el padre Lorenzo animaba a todos, anunciando que la victoria sería nuestra. Se luchaba de la mañana a la tarde. El padre se movía por todas partes con la cruz en la mano, desarmado, y nunca lo hirieron. Nosotros los soldados consideramos que esto era un milagro*⁴⁸.

El hermano laico capuchino Juan Bautista Squillacensi declaró: *Sé que, cuando el padre Lorenzo predicaba en la iglesia del Espíritu Santo de Nápoles, una vez dijo que sabía de un siervo de Dios, refiriéndose a él mismo, que, estando en la guerra con el ejército imperial contra los turcos en número inferior que el ejército enemigo, iba a caballo entre otros dos caballeros, uno a la derecha y otro a la izquierda, pues él no sabía cabalgar y no iba armado, sólo llevaba su cruz de madera en alto, bendiciendo a todos. En este caso, los turcos tiraban balas de artillería contra los cristianos. Una de ellas dio en el arzón de la silla del caballero que estaba a su derecha; y otra entre la panza del caballo y*

⁴⁷ Sum pp. 92-93.

⁴⁸ Sum p. 85.

la pierna del caballero de la izquierda; y no les hizo ningún daño, porque el padre estaba bendiciendo y las balas enemigas, o no les hacían daño o caían en terreno sin lastimar a nadie ⁴⁹.

El padre Juan María de Monteforte refiere: *El duque de Mercurio era el general en jefe del ejército cristiano en la guerra contra los turcos. Después de la guerra venía a nuestro convento de Viena y yo le oí decir abiertamente que el padre Lorenzo había hecho él solo más que todos los demás soldados y añadió que la victoria contra los turcos había sido milagrosa y, después de Dios y de la Virgen, él atribuía la victoria al padre Lorenzo.*

Otro día nos visitaron algunos oficiales del ejército que habían estado en la guerra y dijeron que una vez el padre Lorenzo se quedó solo en las avanzadas, rodeado de turcos, que levantaron sus cimitarras para matarlo. El padre Lorenzo aclaró que sintió el golpe, pero que, por la gracia de Dios y de la Virgen María, no recibió ningún daño.

Otro día, un joven, que tomó el hábito capuchino, declaró que él había estado en la guerra contra los turcos y que vio personalmente que el padre Lorenzo estaba delante de los escuadrones cristianos, animándolos con una cruz en la mano y que las saetas y las balas chocaban contra él sin herirlo y que, por este hecho, él quiso hacerse capuchino ⁵⁰.

Por su parte el padre capuchino Gaspar de Gasparotti afirma: *He oído al padre Juan Bautista de Mantua, que fue compañero del padre Lorenzo en Hungría, que en la guerra contra los turcos, con la señal de la cruz, el padre Lorenzo hacía regresar las balas de la artillería turca de modo que las balas, en vez de ir contra los cristianos, regresaban contra ellos o caían alrededor de los cristianos sin hacer daño a nadie. Un día los turcos hicieron una emboscada, pero por los méritos del padre Lorenzo ninguno fue herido. Al llegar el momento de la batalla, el padre aconsejaba a los católicos a invocar el nombre de Jesús. Algunos herejes, que estaban en el ejército cristiano, se burlaban de ello, pero cuando quedaron victoriosos, reconocieron que la victoria había sido un milagro y ya no se burlaron más* ⁵¹.

Don Baltasar de Armesto y Valcárcel declaró *haber oído a diferentes personas que, cuando el venerable padre Lorenzo andaba con los ejércitos y batallas en compañía del Excelentísimo señor don Pedro de Toledo, marqués de Villafranca y virrey de Milán en la guerra de España contra Saboya, le daban*

⁴⁹ Sum p. 267.

⁵⁰ Sum pp. 85-86.

⁵¹ Sum pp. 83-84.

las balas en el hábito y caían al suelo sin ofenderle y que, en otra ocasión, después de una batalla, dicho venerable padre, sacudiendo el hábito, cayeron cantidad de balas. Y esto lo declara bajo juramento ⁵².

Lo mismo dice el padre capuchino Ángel de Monte Herculano: *En la guerra, muchas saetas y balas enemigas no lo herían y caían a tierra y algunas le tocaban la ropa y no le hacían daño* ⁵³.

TESTIGOS OCULARES

Veamos lo que afirman algunos testigos de la batalla de Belgrado: *Desde el amanecer empezaron algunas escaramuzas entre los cuerpos avanzados de los dos ejércitos, sin novedad especial, ni de la una, ni de la otra parte. La batalla formal comenzó al mediodía. Entonces fue, cuando el cuerpo del brazo derecho del ejército turco, con alaridos y desencadenado furor, acometió el ala izquierda del ejército del César, que era la parte más flaca de todo el campo. Aquí fue, cuando el padre animó más a los imperiales. Púsose al frente de todos, corría ya aquí, ya allá, de fila en fila, con la cruz siempre levantada; y sin temer peligro alguno, fortalecido y guarecido de su viva fe. Iba a donde veía más encendido el combate, y lo pedía la necesidad. Intrépidamente iba y volvía pasando a la vista y muy cerca de los sables de los turcos embravecidos, los cuales, mirándole intacto y sin lesión alguna en medio de tan vivo fuego y de una nube de balas de mosquetería, sin que ni una llegase a tocarle, le tenían por hechicero, traído allí para su destrucción.*

También ocurrió entonces que, no cuidando de tener con el freno al caballo en que iba montado, le arrebató éste, y puso en medio del campo de los turcos. Uno de éstos, arrojándose contra él, levantó el alfanje para cortarle la cabeza; pero dando prodigiosamente una vuelta el caballo, dio el turco el golpe en vacío. Enfurecido por esto, volvióse para darle un revés con el sable; y disponiendo Dios que el caballo diese otro salto a la parte opuesta, igualmente lo preservó. Pero ensoberbecido más con esto, determinó herirlo dándole un fiero tajo. Visto lo que ocurría por algunos de los imperiales, levantando la voz dijeron a los señores de Rosburg y Altain, que cerca de allí combatían: “Que matan al padre, que matan al Brindis”. Oyendo esto el de Altain, dio un salto, y con una estocada echó al turco en tierra. Entonces los dos oficiales gritaban al padre que se retirase, diciéndole no ser aquel su lugar, a lo que les respondió: “Antes bien este es mi lugar: avanzad, señores, avanzad: Victoria, victoria, victoria”. Más animados con estas voces los imperiales, y acometiendo por todas

⁵² Proceso de Villafranca del año 1677 fol 31.

⁵³ Sum p. 100.

partes a los turcos, desmayados ya por ver despuntadas e inútiles sus espadas y sin fuerza su artillería, en pocos minutos enteramente los derrotaron, haciendo tan grande estrago en ellos, que quedaron en el campo, según muchos afirmaron, cerca de veinte mil muertos en aquel día, y entre éstos tres principales comandantes. Con esta derrota ya no tuvieron ánimo los turcos de dejarse ver en aquella campaña ⁵⁴.

Cierto varón luterano, hombre de alto nacimiento y de valor militar, capitán en aquellas batallas, al ver prodigios tan admirables, como obraba el hombre de Dios, abjurado el luteranismo, abrazó la religión católica, contando él mismo públicamente después en Praga, donde estaba de guarnición en la Ciudad Vieja que quien había ocasionado su conversión fueron las maravillas vistas en Hungría en la persona del Comisario de los capuchinos, a quien desde entonces había respetado y tenido como hombre santo ⁵⁵.

Para más corroborar los portentosos milagros, que quiso Dios obrar en aquellos encuentros militares, para defensa y exaltación de su siervo Lorenzo, añadiremos aquí algunas otras circunstancias, igualmente depuestas por testigos de vista. *Hallándose en una de las referidas acciones totalmente expuesto al fuego de la artillería enemiga, un turco se encaró a él con un mosquete con el fin de volarle la cabeza. Le disparó un tiro, que no erró; pero la bala milagrosamente detenida en aquellos pocos cabellos, que forman la corona clerical, el hombre de Dios la entresacó con su mano izquierda, y teniéndola algún tanto sobre la palma, le daba golpecitos con la derecha, sonriéndose y diciendo: “¡Ah, simplecita, tú querías ofenderme!”. Y dicho esto, la tiró al suelo. Uno de sus compañeros, que estaba a su lado, recogióndola la guardó; mostrándola después frecuentemente, cuando venía el caso de contar los sucesos de Hungría* ⁵⁶.

En una ocasión, hallándose en las mismas circunstancias, y empeño de rebatir con su cruz el fuego de la artillería enemiga, una bala de cañón, estando ya para dar el golpe en su caballo, se paró en el arzón de la silla sin dañarle nada. Este hecho lo contó él mismo, predicando en Nápoles, con estas palabras: “Yo sé de una persona, la cual vive y habla, que, con la devoción a la santa señal de la cruz y a la beatísima Virgen, ha parado las balas de artillería, y también las balas rojas y saetas, no dejándolas pasar más allá de su caballo, para que no ofendiesen al ejército cristiano. Y para mayor milagro una bala gruesa se detuvo en el arzón de la silla de este hombre, que vive y habla; y siendo los turcos en número mucho mayor que los cristianos, fueron todos

⁵⁴ Sum pp. 92-93.

⁵⁵ Sum pp. 94-95.

⁵⁶ Sum p. 95.

*desbaratados y en gran parte muertos, quedando el ejército cristiano milagrosamente victorioso”*⁵⁷.

Un cierto señor, llamado Felipe Bevilacqua, que servía en grado de oficial en las tropas imperiales, deponiendo en los Procesos, afirma: *El padre Brindis delante de nuestros escuadrones nos animó a pelear con valor, prometiéndonos de parte de Dios la victoria. Mientras pasaba esto, pusieron los turcos catorce piezas de artillería, enderezando sus continuos tiros a nuestro escuadrón, que era el blanco de ellos, con toda seguridad, por lo poco que distaba de su batería. Púsose delante del escuadrón el padre Brindis con una cruz en la mano, y cada vez que daba fuego, viendo humear antes que disparase, formaba hacia aquel lugar la señal de la cruz con algunas palabras, que yo no sé; de suerte que, golpeando las balas sobre nuestro escuadrón, jamás mataban alguno, sí solo, si no me engaño, dos ó tres caballos. También me acuerdo haber visto un mozuelo, que estaba un poco enfermo y fatigado de estar tanto tiempo a caballo, se quitó el casco, y teniéndolo en la mano, puso el codo sobre el arzón del caballo para respirar un poco. Estando en esta postura, vino una bala de artillería, le arrebató de la mano el casco y, no solo no lo hirió, sino que tampoco a los que estaban a su espalda, cosa verdaderamente milagrosa*⁵⁸.

Hecha las paces entre el ejército imperial de Austria y los turcos con una tregua de 20 años, el padre Lorenzo, que hacía como Comisario, asistió al capítulo general celebrado en Roma el 24 de mayo de 1602 y fue elegido general, teniendo 43 años.

Siendo él general vivían en la Orden capuchina otros tres grandes santos: San Fidel de Sigmaringa, san José de Leonisa y san Serafín de Montegranaro.

⁵⁷ Sum p. 100.

⁵⁸ Sum p. 96.

PROVIDENCIA DE DIOS

El padre Ambrosio de Florencia recuerda que, *yendo de Mantua a Rovigo, caminaron por un camino malísimo y se les hizo de noche. No se veía nada y había fosos llenos de agua y barrancos a ambos lados del camino. Él me dijo: “Ambrosio, ¿qué haremos?”. Le respondí: “Con la ayuda de Dios llegaremos a nuestro destino”. Yo lo iba guiando para no caer en los fosos y, en un momento, me dijo: “Dile a fray Miguel (que iba con nosotros) que vaya un poco más adelante y, si siente gente o ve alguna luz, que los llame para que nos guíen por buen camino” y así fue, porque no había caminado ni diez pasos que vio una luz y los llamó y vinieron dos hombres, que les hicieron pasar y los acompañaron hasta Rovigo. Y el padre decía: “¡Oh, Señor, qué bueno y misericordioso eres!”⁵⁹.*

A este caso juntaremos otros dos, refiriéndolo con las mismas palabras del padre Ambrosio de Roboreto: Mientras que el padre Brindis era Comisario general en Alemania (1606), caminando en el condado de Tirol hacia Bolzano, acompañado del padre Gabriel de Gratz, de fr. Francisco de Fosa, religioso lego, y de mí, que era su compañero, habiendo ya andado veinte millas, y hallándome sin fuerzas y cansado, tanto por el viaje, como por el gran calor, pues era por el mes de junio, me acerqué al padre Lorenzo y le manifesté hallarnos todos afligidos, debilitados y medio muertos de hambre y sed. Él me preguntó: “¿Tenéis algo que comer?”. Yo le respondí que no teníamos más que dos panecitos que llevaba fr. Francisco, cuando él, exclamando: “Alabado sea Jesucristo”, mandó a fr. Francisco que se los diese, los repartió entre nosotros, y así que nos los comimos, nos sentimos tan confortados, como si hubiésemos comido alguna vianda de gran sustancia y nutrimento. Yo dije entonces: “Ahora que hemos comido, ¿qué beberemos?” A lo que el dicho padre me respondió: “Jesucristo proveerá”. De improviso compareció un hombre de una estatura ordinaria, cara alegre y barba roja, el cual guiaba un carrito de forma muy diversa a la usanza del país, que tiraban dos novillos blancos y rojos, y así que nos vio, saludándonos con rostro risueño, nos convidó a beber. Luego que el dicho padre le descubrió, dijo con rostro muy alegre: “Alabado sea Jesucristo”; y dándome el dicho hombre una canilla para beber, tomóla el padre y me la alargó y yo, aplicándola a la boca de uno de los barrilicos, que estaban sobre el carrito, chupando, bebí un vino excelentísimo; de modo que me apagó enteramente la sed.

Y del mismo modo bebieron los otros. Dio las gracias el padre Lorenzo al hombre, y uno y otro con mucha alegría se despidieron. Cuando desapareció el hombre con el carrito, ya no le vimos más. Admirado yo sumamente del suceso,

⁵⁹ Sum pp. 104-105.

*pareciéndome extraordinario y milagroso, por dos y tres veces pregunté al padre, ¿quién sería aquel hombre del carrito tan hermoso? Él me respondió: “Vos sois sobrado curioso, ¿no te dije que Jesucristo proveería?”. Y así proseguimos nuestro viaje alegremente*⁶⁰.

*Un lunes después de Pascua de Resurrección, caminando nosotros de Polignano a Bari, tramo de veinte y cinco millas, por providencia divina ninguno de los dos religiosos legos compañeros nuestros tomó provisión para el camino, fiando el uno del otro. Habiendo andado ya algunas millas, dije yo al padre Lorenzo: “¿Cuándo haremos colación?”. A que respondió: “Cuando os parezca”. Llamando yo entonces a los compañeros para que tomáramos alimento, hallamos que no había nada. Yo afeé a uno y otro su descuido, y se excusaba el uno con el otro. Miré a una y otra parte, y advertí al través de nuestro camino un edificio, que me pareció de religiosos. Propuse al padre Lorenzo que enviase allá dos religiosos a pedir alguna cosa de comer, pues el viaje era largo y no teníamos socorro. A esto me respondió, para confundir mi poca o ninguna confianza: “Hermano, prosigamos el camino, que Dios nos ayudará”. Dicho esto, después de un breve espacio de tiempo, vi venir un secular con un canasto en la mano por un camino a través del nuestro, quien vino hacia nosotros, convidándonos si queríamos comer. Admitimos el convite, y el dicho secular nos hizo entrar en una casita, que había en aquel sitio, donde hallamos pan y vino. Comimos bien todos, y presumo que el secular, que parecía joven sería tal vez un ángel, ya que siempre habló de cosas espirituales*⁶¹.

⁶⁰ Sum p. 106.

⁶¹ Sum pp. 108-109.

CAPÍTULO CUARTO DONES SOBRENATURALES

CARISMAS

a) RESPLANDOR SOBRENATURAL

Predicando en Génova en 1615, a mitad del sermón, apareció sobre su cabeza un resplandor celestial como una llama de figura redonda como la luna llena. Y esto por un cuarto de hora, como deponen los testigos del Proceso ⁶².

b) ÉXTASIS

Francisco Vicecomes refiere: *Un día en que iba a salir de misión el padre Lorenzo, acepté acompañarlo y él me aconsejó primero confesar y comulgar. Me preparé y me dio de penitencia que asistiera a una de sus misas con las rodillas desnudas en el suelo y que le asistiese como acólito. Para estar listo, pasé la noche anterior en el convento. A medianoche, se levantó el padre y ambos entramos al oratorio, que estaba cercano a su celda. Durante la misa, el demonio me andaba tentando. Al llegar el ofertorio, me levanté para servirle el agua y el vino, entonces me miró, extendió su brazo y puso un dedo en el aire como cuando se amenaza a alguien. Yo entendí que había comprendido mis pensamientos y tentaciones. Después del ofertorio, volví a mi sitio de rodillas y prosiguió la misa. Al momento de la elevación, sintiéndome cansado, levanté los ojos para ver qué hacía el padre y por qué estaba tanto tiempo y vi que estaba levantado en el aire. Me levanté para ver que era y, no fiándome de mis ojos, fui con mis manos tocando bajo los pies del padre para encontrar dónde se apoyaba y vi que estaba levantado del suelo como un brazo. Pensé que podía estar apoyado en el altar por cansancio y me levanté y lo miré a la cara y vi que tenía los dos brazos juntos y las manos en actitud de oración. Y me aseguré que estaba en éxtasis.*

Regresé a mi lugar y me arrodillé. El padre continuó en este éxtasis, elevado en el aire, por espacio de una hora y media y después prosiguió la misa y me dio la comunión. La misa duró diez o doce horas desde medianoche a mediodía, pues terminada la misa era la hora de comer. Terminada la misa y su acción de gracias, me llamó y me dijo todas las tentaciones que había tenido en la misa y me habló de mis pensamientos más ocultos que había tenido. Me dijo

⁶² Cocaleo pp. 36-37.

también lo que había hecho y cómo me había comportado. Por ello pude conocer que había penetrado los secretos de mi corazón y que tenía espíritu de profecía, veía el secreto de las conciencias y tenía el don de éxtasis y de revelaciones divinas ⁶³.

El testimonio del padre José María de Monteforte es así: *Observé unas 20 veces, cuando celebraba la misa, que estaba totalmente inmóvil, como si estuviese muerto, y yo lo miraba por todas partes y solo puedo pensar que estaba en éxtasis* ⁶⁴.

c) CONOCIMIENTO SOBRENATURAL

La camarera de la princesa de Mónaco de Baviera relata: *Un día salió el padre Lorenzo con su compañero y fue al Oratorio del príncipe de Mónaco a disponerse para celebrar la santa misa. Ya estaba dispuesto el Oratorio de palacio, y porque el padre Brindis siempre quería sobre el altar una imagen de la beatísima Virgen, se había puesto un cuadro de mi cámara, en que estaba pintada María santísima. A más de esto, el padre Brindis había dado orden a su compañero de que a nadie permitiese estar presente a su misa. Pero deseando la princesa, mi señora, oír su misa, se resolvió velar toda la noche y para no ser vista del padre, se escondió en un aposento vecino, del que pudiese con todo secreto oír la misa, y aun ver al sacerdote sin ser vista. Yo hice compañía a la señora princesa y me retiré a otra cámara vecina, que estaba tras el altar, acomodándome allí de modo que podía oír la misa y ver al padre sin que él me viera ni sintiera. Mientras que yo estaba así escondida, vi que el padre Brindis con su compañero llegó al Oratorio, y al punto que puso el pie en él, dijo a su compañero con voz clara: “Aquí está la señora princesa”. Yo oí estas palabras y quedé asombrada sin poder hacer otro juicio. Dios se lo había revelado al padre, porque la señora princesa y yo estábamos ocultas con el mayor secreto, sin luz y sin el menor ruido, por lo que el padre no lo podía saber humanamente* ⁶⁵.

Francisco de Panardi refiere: *Un amigo mío, en la Cuaresma de 1618, me habló de que había ido varias veces a hablar con el padre Lorenzo y no lo había conseguido. Yo, que era el relojero del convento y tenía facilidad para entrar, le dije que viniera conmigo. Llegamos al convento y entramos en la sacristía. Yo le hablé al padre Vidal de Milán, que era el sacristán, sobre el deseo de mi amigo. Nos contestó que el padre estaba en oración, pero pronto saldría y podríamos*

⁶³ Sum 227-228.

⁶⁴ Sum p.71.

⁶⁵ Cocaleo pp. 172-173.

esperar entre el coro y la sacristía. Lo esperamos y al poco rato apareció. Yo me acerqué para que me diera la bendición; y después vio a mi amigo también de rodillas y le puso la mano en la cabeza para bendecirlo. Hizo además de irse a bendecir a otras personas pero regresó hacia mi amigo y lo miró severamente y le dijo: “Sé hombre de bien”, dándole una pequeña caricia en el rostro. Desde ese momento, mi amigo sintió como un fuego en su cabeza y, asombrado, decía que el padre había descubierto su estado, porque vivía con una señora que era su sirvienta y a la vez su concubina, con la que tenía algunos hijos. Por ello decidió despedirla y siempre contaba que el padre había recibido una divina revelación sobre su mala vida ⁶⁶.

Francisco Vicecomes añade: *Cuando fui compañero del padre por los caminos de Alemania, uno de los que caminaban con nosotros cometió un pecado y el padre lo supo. Y como no se enmendó, lo licenció y se fue. Quería que todos los que caminábamos con él, viviéramos correctamente ⁶⁷.*

d) PROFECÍA

La duquesa Plácida Doria nos dice: *El año 1613 estaba enfermo mi hijo Giannettino Doria de un mal incurable y mortal, causado por malos espíritus. El padre Lorenzo fue a la casa el año 1615 y mi madre le pidió la bendición para mi hijo. El padre exclamó: “Está hecho”. Eso se lo referí a mi esposo el duque y a mis parientes y teníamos confianza en que el niño sanaría. Y así fue porque a los pocos meses se sanó de sus enfermedades corporales y en 1617 se liberó de los malos espíritus en la capilla de nuestra Señora de Loreto. También predijo que en 1615, después de la paz de Asti, que no era paz, sino que habría más guerra que antes. Y así fue ⁶⁸.*

La señora Magdalena Pastori refiere: *Estaba en cama con fiebre y flujo de sangre que no podía detenerse por más medicinas que tomaba. Un día vino el padre Lorenzo a mi casa traído por el padre Nicolás de Génova, capuchino, mi cuñado, y me dio la bendición, haciéndome la señal de la cruz en la frente. En una cama al lado estaba mi hijo de cuatro años, que estaba enfermo con una enfermedad considerada ligera o molestias de gusanos. El padre también se acercó a darle la bendición y dijo: “Este niño pronto será un angelito del Señor”. A los dos días murió mi hijo y yo me levanté totalmente sana ⁶⁹.*

⁶⁶ Sum pp. 242-243.

⁶⁷ Sum pp. 228-229.

⁶⁸ Sum pp. 238-239.

⁶⁹ Sum p. 237.

Estando en Bassano, cierta madre le llevó un hijo suyo de once años, fatuo y necio, para que lo bendijera y alcanzara de Dios que se curase. Levantó el siervo de Dios sus ojos al cielo y, poniendo la mano sobre la cabeza del niño, dijo a su madre: “Tenga paciencia, este vuestro hijo no tiene seso, cuide de él y haga gustosa esta caridad, porque le hago saber que en ese estado vivirá hasta los 18 ó 20 años y después morirá”. Y así sucedió muriendo a esa edad⁷⁰.

El duque de Mantua había usurpado un marquesado que pertenecía por derecho a un camarero de la Majestad imperial Rodolfo. El emperador, para no acudir a las armas, encargó el asunto al padre Lorenzo. Él se fue a Mantua y habló con el duque en su palacio de la ofensa a Dios, del deseo del emperador y de la debida justicia. Pero el duque desoyó sus consejos. Por fin el padre acudió a las amenazas y que Dios lo iba a castigar, lo que sucedió puntualmente ya que el pueblo de Mantua se sublevó y el duque tuvo que refugiarse en la fortaleza y buscar tropas extranjeras para su seguridad. Entonces se acordó de las amenazas del padre Lorenzo y dio orden de restituir el marquesado y así todo volvió a la paz y quietud debidas.

e) VISIONES

Una vez celebraba el padre la misa y hacia el amanecer, después de la elevación, vi sobre el altar un Niñito poco más grande de un palmo, que le estaba acariciando, tocándole la barba, que solía tener larga. Él niño irradiaba resplandores de luz, que llenaban el lugar, y yo caí como muerto y así estuve unos siete minutos. El padre se volvió para verme, pero no me dijo nada. Después de la misa, me preguntó qué había visto en la misa. Me dijo que debía preguntarle al Señor por qué motivo me había hecho ver al Niño con aquel resplandor y que debía ocultar esa gracia⁷¹.

f) DOMINIO SOBRE LOS ANIMALES

Refiere el padre Antonio Crema que el año 1617 el padre Lorenzo quería ir de Ronco a Bonavigo y no encontraba caballo. Yo le presté un potro, todavía no domado, que hacía movimientos violentos. Por eso le encomendé a mi servidor Antonio de Cavagion que tuviese el potro constantemente de la brida para que al padre, que no sabía cabalgar, no lo tirase al suelo. No se lo hubiera dado, si el padre no me hubiera insistido en ello. Al dárselo, le dio la bendición y le dijo al potro: “Es preciso que me llesves, porque no puedo caminar”. El potro

⁷⁰ Sum p. 236.

⁷¹ Sum p. 63.

inclinó la cabeza y lo llevó con toda tranquilidad unas 11 millas sin que el sirviente le ayudase. Y después de llegar al destino, el potro volvió a su acostumbrada fiereza hasta que no fue totalmente domado ⁷².

g) DON DE CURACIÓN

En el Proceso de canonización se narran 97 milagros de los que hizo en vida. Algunos fueron realizados incluso después de su muerte con los pañuelos usados en la misa, empapados con sus lágrimas ⁷³.

Santiago delle Perlefalse refiere: *Estuve completamente ciego más de un año. Mi madre gastó mucho dinero en remedios que no me hicieron nada. Y viendo que no me curaba, mi madre y mi hermano me llevaron a la iglesia de los capuchinos a un padre que se llamaba Lorenzo. Mi hermano me llevó a la celda del padre, que me hizo sentar sobre su lecho y con sus dedos me tocó los ojos y comencé a ver. El padre me preguntó si veía y le dije que sí; y con mi hermano fuimos a la puerta del convento, donde nos esperaba mi madre, y ella me preguntó si veía y le dije que sí y se alegró mucho. A partir de entonces he tenido buena vista y no he padecido de ceguera ni de dolores a los ojos* ⁷⁴.

Juan Bautista Cremasco afirma: *Yo recuerdo haber tenido por muchos años un bocio muy grande que me llenaba la garganta hasta la oreja y era tan grueso que me ocupaba parte del pecho. Y este bocio tenía dentro algunas cosas duras como nueces, y me apretaba de tal modo que no podía respirar sino con gran dificultad, y no podía trabajar ni moverme, porque daba cuatro pasos y me quedaba sin respiración. De noche debía dormir con la cabeza en alto, porque, si la bajaba, también me faltaba el aire. Y esto había comenzado en los primeros años de mi vida y duró hasta fines de 1618.*

Ese año, en la mañana del domingo de Ramos, mi padre me dijo que quería ir a Lodi para encomendarme a un santo padre capuchino, que hacía milagros. Como llovía mucho, quiso postergar el viaje, pero por fin se decidió a ir y yo me quedé en casa rezando a Dios para que por los méritos de aquel santo capuchino fuera sanado. Al día siguiente lunes, después de levantarme de la cama, me fui a la salida de la tienda de mi padre y pasó la señora Margarita de Aliotti y me miró y me dijo: “Bautista, ya no tienes bocio”. Yo me miré y me di cuenta de que así era. Se lo dijo a mi padre que estaba en la tienda y mi padre me miró y remiró y me tocó a ver si me dolía y, al decirle que estaba bien, mi

⁷² Sum pp. 114-115.

⁷³ Sum p. 65.

⁷⁴ Sum pp. 160-161.

padre contó el milagro y dijo que había estado en Lodi y había encontrado al santo capuchino y le había pedido rezar por mi salud; y que Dios me había curado por intercesión y méritos del santo capuchino ⁷⁵.

La mamá de Juan bautista Cremasco, la señora Cornelia, añade que *su esposo Melchor fue a ver al padre Lorenzo el domingo de Ramos por la mañana y regresó de Lodi el mismo día por la noche, todo empapado y embarrado por las lluvias. Había encontrado al padre, le había pedido la salud de su hijo y el padre le había dado esperanza. Al día siguiente por la mañana, mi esposo fue a la tienda a vender las mercancías y yo, al poco tiempo, sentí voces de alegría y de milagro y entrando en la tienda encontré a mi esposo, a la señora Margarita, esposa de Dionisio Aliotti y a mi hijo Juan Bautista, que estaba ya sin bocio. Este milagro se divulgó por Melagnano y la gente iba a ver a mi hijo* ⁷⁶.

Otro caso. Una de las camareras de la princesa de Mónaco de Baviera declaró: *Mientras yo era camarera mayor de la ilustrísima Hipólita Triulsi, mujer de príncipe de Mónaco, aconteció el año 1619 que el padre Lorenzo, caminando a España, llegó a Mónaco de Baviera un sábado en la tarde, y allí desembarcó para celebrar la misa al día siguiente.*

Por las muchas instancias del príncipe vino al palacio el padre Brindis y fue introducido en la habitación de la princesa, la que inmediatamente se arrodilló, pidiendo su bendición, y el padre Brindis la bendijo. *Yo, que me hallaba presente entonces, habiendo oído ya cosas grandes de la santidad de este padre, me arrodillé también, diciéndole, que por mucho tiempo padecía un gravoso y casi continuo dolor de cabeza. Le supliqué me bendijese y con sus oraciones me alcanzase de Dios la deseada salud, si había de ser para gloria de su Majestad divina. El padre Brindis me dio su bendición, y yo repentinamente quedé sana de mi enfermedad* ⁷⁷.

La señora Hipolita Muzia certifica que *estaba muy grave en 1618 y, estando el padre Lorenzo en Milán, le rogaron que fuera a verme. Entró en mi habitación y yo le pedí su santa bendición. Me dio su bendición y me dijo que tuviera confianza que en poco tiempo sería curada y me dio dos veces más la bendición. Yo, de inmediato, me sentí mejorada. El padre se fue y entre la vigilia y el sueño (no era sueño, porque sentía lo que pasaba en mi habitación, pero era como una abstracción de la mente) se me aparecieron dos padres capuchinos. Ellos me dijeron que estuviera tranquila, porque Jesucristo, por intercesión y méritos del padre Lorenzo, me quería dar salud y me parece que esos padres por*

⁷⁵ Sum pp. 166-167.

⁷⁶ Sum p. 172.

⁷⁷ Cocaleo p. 172.

su propia mano me acariciaron el rostro debajo de la cabeza y desaparecieron. Entonces les conté a los que me cuidaban esa aparición y comencé a dormirme y dormí buen tiempo y, al despertar, me encontré totalmente libre de dolor de cabeza y mejorando en tres días, quedé totalmente sana.

Los problemas habían comenzado en 1618, después de haber tenido un aborto y una fiebre muy alta, empeorando de día en día, y tenía paroxismos con terrible dolor de cabeza. Recurrí a la Virgen, a san Carlos, a san Francisco y, al final, recurrí al padre Lorenzo y, por sus méritos y bendición, quedé milagrosamente sana ⁷⁸.

La señora Ángela declaró: Juan Antonio, mi hijo, el año 1610 se enfermó de epilepsia y le daban ataques de día o de noche y, a veces, se rompía la cabeza o la nariz y le salía espuma por la boca y gritaba; y esto le pasaba en cualquier momento muchas veces al año.

Oímos que en la Cuaresma de 1618 había venido el padre Lorenzo a Melzo y que hacía milagros. Mi hijo fue a verlo para recibir la bendición pero había tanta gente que no lo consiguió. Yo le recomendé que fuera otra vez y que buscara a alguien que lo pudiera introducir. Y regresó en compañía del señor Pedro Antonio Fagnano. Llegaron al convento y algunos padres le recomendaron a mi hijo que esperara en cierto lugar por donde iba a pasar el padre Lorenzo. Al verlo, se arrodilló delante de él, y el padre lo bendijo, poniéndole la mano en la cabeza; y desde ese momento quedó sano ⁷⁹.

El interesado, Juan Antonio, aclara que fue el padre guardián (Prior) del convento de Melzo quien lo introdujo al padre Lorenzo y que este padre lo bendijo y rezó una breve oración por él con su mano sobre su cabeza ⁸⁰. Por su parte el señor Julio Funticario nos dice: Tenía un hijo de unos diez meses de nacido, llamado Juan Antonio, que sufría espasmos desde el nacimiento y no podía moverse. Yo oí la fama de santidad del padre Lorenzo y que hacía milagros y lo llevé a mi hijo al convento de los capuchinos de Judeca y, no pudiendo entrar en la iglesia por la multitud, lo llevé dentro del convento y, habiendo pasado el padre Lorenzo, me presenté ante él con mi hijo. El padre le puso las manos en la cabeza, lo bendijo y le dijo: “Pequeñito”. Después salí para ir a mi casa, puse mi hijo en el suelo y comenzó a caminar. Estaba sano, como si nunca hubiera estado enfermo ⁸¹.

⁷⁸ Sum pp. 177-178.

⁷⁹ Sum pp. 187-188.

⁸⁰ Sum p. 189.

⁸¹ Sum pp. 190-191.

El año 1645, César Saronio de Milán estaba enfermo y daba cabezadas contra la pared. Algunas veces se ponía la servilleta al cuello para ahorcarse, otras metía los dientes en la ropa y la destrozaba o, tomando un cuchillo, quería hincárselo a sí mismo. Y afirma: *El año 1615 tuve una gran melancolía, no podía comer ni dormir, no era dueño de mi juicio, ni de mi discurso, con lo que deliraba en continuo frenesí. En medio de esta enfermedad, tenía algún intervalo de razón, y tomé algunas medicinas, que el señor Alvingi Macliano, médico de Milán, me recetó en el año 1617. Mas con todas las medicinas me quedé con la misma enfermedad, y de cuando en cuando deliraba, obrando como si no estuviera en mí. Después gozaba algún intervalo de discreción, en el que vencido de mi melancolía, tan fuertemente era tentado que no pensaba en otra cosa sino en matarme yo mismo. En efecto, muchas veces lo probé, poniéndome lazos al cuello, tomando un cuchillo para herirme; y recayendo de nuevo en las acostumbradas locuras, me empeoraba cada día, consumiéndome el mal las fuerzas y valor para poder vivir. En este estado, en que yo me hallaba tan oprimido de mis males, vino a Milán el padre Lorenzo de Brindis, capuchino. Era el año 1618 en tiempo de Cuaresma. En aquel tiempo fue Dios servido concederme un intervalo de juicio, en el cual tuve noticia que dicho padre era de una santa vida. Comúnmente era llamado en el pueblo “el padre santo”. Las gentes corrían a él para alcanzar su bendición, y conseguir de Dios algunas gracias por sus méritos e intercesión.*

Me resolví con viva fe a ir a buscarle, y en efecto fui tan acertadamente, que pude llegar y entrar en el sobredicho convento nuevo de capuchinos de Puerta Oriental, con ocasión de que dicho padre celebraba misa en un Oratorio oculto de dicho convento. Esta misa duró seis o siete horas. Concluida la cual, me presenté al dicho padre, le referí cosas de mi enfermedad y le supliqué que me diera la bendición. El padre, con mucha compasión y benignidad, me bendijo, diciendo algunas oraciones y teniendo sus manos sobre mi cabeza, con lo que empecé a sentir alguna mejoría. Volví otra vez después, y encontré al padre celebrando la santa misa, que duró como la otra. Al terminarla, el mismo padre me hizo ir a su celda, me puso allí sus manos sobre mi cabeza, me dijo algunas oraciones y me dio su bendición, por la cual inmediatamente percibí mayor mejoría. Con estas pruebas, confiando que la Santísima Trinidad por los méritos de este su siervo me daría salud perfecta, me determiné a volver tercera vez. Así lo hice y lo hallé igualmente celebrando la santa misa, que duró como está dicho.

Concluida la misa, me puse en su presencia y le supliqué la bendición, la que él me dio. Repentinamente me vi todo lleno de consuelo con el que volví a casa, estando ya sano de aquella enfermedad y siempre he creído que la

Santísima Trinidad me concedió la salud por los méritos e intercesión del padre Brindis ⁸².

Cornelia de Grassi dio el siguiente testimonio: *Cuando mi hijo Cristóbal se acercaba a los seis años, se apoderaron de él unos humores fríos, por los cuales yendo cada día de mal en peor, vino a quedar tullido del cuello, de la mano y brazo derecho, y de ambos pies, y tan lleno de llagas, que pararon en fistulas. El cuello y su cabeza estaban pegados a la parte izquierda de la espalda, el brazo derecho al pecho y la mano derecha a la espalda de la izquierda. Me acuerdo que una mujer, mi vecina y muy amiga mía, juzgando poderle aliviar, probó muchas veces de tirar el brazo derecho de mi hijo, para que con esta violencia se extendiera, pero nunca fue posible; porque aquel brazo estaba del todo baldado, y siempre se quedaba como cosido al pecho, y encogido hacia la espalda izquierda. Los pies de este mi hijo estaban tan retorcidos que la planta de ellos estaba hacia atrás, sirviéndole de plantas las espinillas de las piernas; por lo que este mi hijo, no solo no podía caminar, pero ni aun estarse en pie. Las llagas de mayor consideración eran cerca de veinticuatro, y entre éstas una tan profunda en el cuello que bajaba hasta la garganta, y quitados los paños y vendas con que estaba fajado, salía de dicha llaga tanto aire, como si por ella reciamente soplaran. Probamos varios remedios para curar a mi hijo, pero todos fueron inútiles.*

Solía enviarle a Santa Corona en Milán, para que allí médicos y cirujanos le curaran, pero sin efecto, pues mi hijo, en vez de curar empeoraba. Después de la mitad de la Cuaresma del año 1618, divulgándose la fama de la santidad del padre Lorenzo de Brindis públicamente se decía en Milán que Dios hacía milagros por los méritos de este padre. Sucedió pues, que la vecina me instó a llevar mi hijo al padre Brindis, confiando que por sus méritos y bendición curaría milagrosamente. Me agradó el consejo, pero como era tanta la muchedumbre de gentes, que concurrían a dicho padre, lo iba dejando. En fin, nos determinamos a ir juntas algunas vecinas, y llevando a mi hijo fuimos al convento de capuchinos, sito en la Puerta Oriental. Entrando en la iglesia, hallamos allí al padre Brindis, que estaba a la mano derecha del altar de nuestra Señora, rodeado de muchos enfermos. Nos animamos y llegamos donde estaba el padre. Una de nosotras ofreció y presentó al padre a este mi hijo así estropeado y llagado, rogándole que lo bendijera. Advertí yo entonces que el padre con gran piedad miró a mi hijo, y después le bendijo. Visto esto, cobré mayor ánimo y manifestándome ser la madre del niño, le supliqué que de nuevo lo bendijera, lo que ejecutó con mucha compasión, mirando al niño con atención. Después, recibida también por nosotras la bendición, nos despedimos y nos volvimos a casa. Entonces vimos que el cuello y la cabeza del niño se enderezaba y que la

⁸² Sum pp. 182-183.

mano y el brazo derecho se extendían y movían, y también los dos pies habían vuelto a su lugar natural y todas las llagas se habían secado y cicatrizado. Comenzamos a gritar: “Milagro, milagro”. Mi hijo se había curado con la sola bendición y méritos del padre Brindis ⁸³.

Francisco Cerrati nos cuenta su testimonio: *Tenía una hija de ocho años, llamada Magdalena, que estaba con fiebre y quería levantarse. Llegó el padre Lorenzo a la casa y entramos en la habitación de la niña, yo, mi esposa y el padre. Mi esposa se puso de rodillas, le explicó la situación y que la niña quería levantarse. El padre dijo: “Si Magdalena quiere ser devota de la Virgen, recibirá la salud”. Y ordenó a mi esposa que la dejase levantarse y vestirse. La niña vino con la fiebre y se arrodilló ante el padre. Él la tomó de la mano y le preguntó si prometía ser devota de la Virgen María. La niña respondió que sí y el padre le dio la bendición, diciendo: “La santísima Virgen te libere y te sane”. Y por gracia de Dios quedó libre de la fiebre y no le volvió más* ⁸⁴.

La señora Jerónima Airaldo relata su caso: *Mi hijo Juan se había caído al suelo y se le hinchó la costilla. Durante un año estuvo en cama, porque no podía ponerse de pie por la pierna y la costilla hinchadas. Ningún médico consiguió mejorarlo. Una mañana vino a mi casa la señora María Argentina, mi vecina, y me dijo: “Jerónima, lleva a tu hijo al padre Lorenzo, que se encuentra en el convento de esta ciudad”. Yo llamé a mi hermano Jerónimo Creglia para que llevara a mi hijo al padre, ya que podría entrar en la clausura, pero regresó diciendo que el Superior no le había permitido ver al padre, porque estaba en oración. Esa misma mañana tomé a mi hijo y me dirigí al convento. Vi por el camino a mi hermano y le pedí que me acompañase y juntos llegamos, pero el Superior nos dijo que el padre estaba en oración y no lo podía perturbar. Yo, disgustada, regresé a mi casa. Confiando en el Señor, tomé de nuevo a mi hijo en brazos ya que no podía andar. Llegué al convento y me abrió el padre Lorenzo y, llorando, le supliqué que pidiera al Señor que curara a mi hijo. Él tocó con su dedo gordo de la mano derecha la costilla y la pierna tres veces y sacó de la manga un relicario pequeño y con él hizo tres veces la señal de la cruz sobre la pierna y la costilla. Después me dijo: “Hermana, vete a casa, Dios y la Virgen santísima os bendiga y lleva a tu hijo libre y sano”. Me fui a casa y coloqué a mi hijo en la cama y, después de siete u ocho días, se levantó milagrosamente sano sin ninguna inflamación* ⁸⁵.

Marco Aurelio Gandulfo, sacerdote, refiere: *Yo era acólito en la Colegiata de la ciudad de Porto. Sufría de una enfermedad de humores fríos por hinchazón*

⁸³ Sum pp. 117-118.

⁸⁴ Sum p. 199.

⁸⁵ Sum pp. 200-201.

*de los ganglios del cuello, que oían muy mal y tenía bultos en el cuello y la axila. Un día vi al padre Lorenzo y le rogué que me curara. Él me pidió que viniera al día siguiente. Así lo hice. Él me dijo: “Arrodíllate” y me hizo la señal de la cruz en las llagas y me aseguró: “Ten fe, sé muy devoto del Señor y de la Virgen María, vete en paz”. Yo me fui contento a preparar las cosas para la misa y en el término de 20 días se me secaron totalmente las llagas y sólo quedaron las cicatrices*⁸⁶.

El señor Mercurio Morlando nos dice: *Yo tenía una gravísima enfermedad con fuertes dolores de cabeza y me salieron en la cabeza cuatro bultos, que durante seis meses, unos se curaban y salían otros en otra parte. Tomé muchos medicamentos, pero no me hicieron nada, gastando unos 600 ducados en medicinas. Oyendo que estaba en la ciudad el padre Lorenzo en el convento de los capuchinos, me resolví a ir yo también y fui a buscar a mi tío fray Arcangelo de Nápoles para que por medio de él pudiera tener mejor posibilidad de hablar con el padre, pues había oído decir que no era fácil. Mi tío prometió ayudarme y me pidió que fuera al día siguiente. Me llevó a la celda del padre Lorenzo. Yo le conté todos mis males y con lágrimas le pedí que por compasión me diera su bendición. El padre extendió su mano sobre mi cabeza y me hizo la señal de la cruz en la frente y, al momento, se me pasó el mal de cabeza, que había soportado durante tres años. A los cinco o seis días se curaron los bultos de mi cabeza sin tomar remedio alguno*⁸⁷.

La señora Laurencia Imparata declaró en el Proceso: *Yo sufría de disentería, que me ocasionaba también gran dolor de cabeza, que me duraba tres días continuos, y no podía dormir en la noche. Durante tres años tomé muchos remedios pero no me hicieron nada. Un día oí que había venido a Nápoles el padre Lorenzo, qua decían hacía muchos milagros y mucha gente iba a verlo y a recibir su bendición. Yo fui dos o tres veces, pero no pude hablarle por la mucha gente. Un día fui y pude hablarle y me arrojé a sus pies para pedirle su bendición. El padre me puso la mano en la cabeza, diciéndome: “El Señor te sana de parte mía”. Me dio la bendición y me sentí tan ligera que regresé con mucha alegría a mi casa y, desde entonces, no padecí más esa enfermedad del flujo da sangre o disentería ni del dolor de cabeza*⁸⁸.

El señor Juan Pedro Martinelli manifestó: *Yo estaba enfermo con fiebre desde hacía cinco o seis meses y estaba continuamente en cama. No podía ni estar de pie. Había tomado muchos remedios, aconsejados por los médicos, y viendo que no me hacían nada, acudí al padre Lorenzo que curaba a muchos. Un*

⁸⁶ Sum pp. 203-204.

⁸⁷ Sum pp. 145-146.

⁸⁸ Sum p. 158.

día, al sentir que pasaba por la calle, me levanté, a pesar de no poder casi moverme, me puse una capa encima y bajé a la tienda para verlo pasar. Me arrodillé en la puerta de nuestra casa y el padre se acercó y me tomó la cabeza con las manos; y me bendijo, diciendo algunas palabras que no entendí. Después exclamó: “Vete en paz”. Yo me quedé desde ese momento sin fiebre y fui mejorando y, en pocos días, quedé totalmente sano milagrosamente por su bendición ⁸⁹.

El Señor Juan María Zanchetta cuenta su caso: *Hacia más de cuatro meses que yo tenía fiebres cuartanas y oí hablar de la fama del padre Lorenzo que en ese momento se encontraba en nuestra ciudad de Bassano. Fui dos veces a buscarlo al convento de los capuchinos, pero no pude hablar con él. A la tercera entré al convento donde había mucha gente y vino un padre y preguntó: “El que tenga algún mal que lo diga”. Yo dije: “Estoy enfermo”. Me puso la mano sobre la cabeza y me bendijo con la señal de la cruz y dijo algunas palabras. Entendí que dijo: “Bendita sea la Virgen María”. Y al momento fui milagrosamente curado como si la mano de Dios me hubiese quitado todos los males* ⁹⁰.

También el señor Marco de Danduli declaró: *Me llamó un día Nicolás Baffo, que tenía una rodilla enferma, para que le ayudara a ir al convento de los padres capuchinos de Venecia. Entramos en su celda, donde había cinco o seis sacerdotes junto a su cama. El padre bendijo a Nicolás y le tocó la rodilla enferma. Y, saliendo del convento, Nicolás me dijo: “Me siento sano”, y empezó a caminar derecho, porque estaba totalmente curado* ⁹¹.

LOS DEMONIOS

El año 1618, yendo el padre Lorenzo a caballo por la imposibilidad de caminar a pie por la gota, encontró a varias personas que iban a Roma como él. Entre ellas había un sacerdote secular, que acompañaba a dos mujeres, que eran sus hermanas. Estas, así que divisaron al siervo de Dios, empezaron a aullar y enroscarse como si fueran dos serpientes. Viendo esto el padre Lorenzo, mandó a uno de los espíritus malignos que tiranizaba a una de ellas que trajese a la mujer al estribo del caballo; y enseguida mandó a la otra que viniera también. Las dos se arrodillaron al pie de su caballo, sintiéndose libres de la tiranía infernal. Su hermano, a la vista de tal prodigio, dijo: “Este hombre es un santo, porque hasta ahora ni yo había sabido ni sospechado que estas dos mujeres estaban poseídas” ⁹².

⁸⁹ Sum pp. 205-206.

⁹⁰ Sum p. 209.

⁹¹ Sum p. 210.

⁹² Sum p. 229.

Un enfermo cuenta: *Hace once años padecía una indisposición de dolor de cabeza y después se descubrió que era algo movido por arte diabólico. Recurrí a los médicos y me mandaron sangrar y tomar medicinas, pero el mal se aumentaba y tenía perturbación de ánimo, llenándome de espantos e ilusiones de día y de noche, creyendo que una noche me ahogarian y me llevarían los diablos. Me visitaba el padre Crisógono, capuchino, mi paisano, y me hacía la señal de la cruz en la frente. La perturbación cesaba un poco y después volvía. Una noche creí oír que uno se paseaba por la sala donde yo estaba y decía: “Ay de mí, que estoy condenado”; y lo repitió por tres veces. Otra noche, estando despierto, me parecía que se ponían delante de mis ojos tres personas: un joven de buen color, blanco y rojo y bella presencia; otro de color amarillo y otro, que era un venerable viejo. Yo juzgué que el primero era mi ángel custodio, el de medio el diablo y el tercero san Nicolás, mi protector. El de en medio me dijo: “Dame tu alma”. Y desapareció la visión... Quedé confuso de haber dado el alma al enemigo, aunque no con voluntad libre.*

Oí hablar del padre Lorenzo y, por medio del padre Esteban Bergamasco, conseguí que el padre, que estaba en Bassano, me enviara su bendición por escrito, e inmediatamente que la recibí, me curé milagrosamente de todos los males que padecía en el cuerpo y en el alma. Esta bendición escrita en latín decía así: “Por la señal y virtud de la santa cruz, intercediendo la Virgen María, el Señor te bendiga y te guarde, haga brillar su rostro sobre ti, te dé la paz y te conceda la salud por Cristo nuestro Señor. Por la señal de la santa cruz te sane Jesucristo, que sana todos los dolores y enfermedades y sana todos los oprimidos por el diablo. Por la señal de la santa cruz te bendiga Jesucristo con la Virgen María”⁹³.

El hermano laico capuchino, Tomás de Bérghamo, certifica que *la duquesa de Baviera estaba enferma desde hacía 20 años por malos espíritus y varios religiosos habían intentado liberarla con exorcismos inclusive y no habían podido* (parece que le habían hecho ataduras o maleficios). *El padre Lorenzo estaba en Austria inferior y fue llamado y la conjuró y, durante muchos días, le hizo exorcismos y finalmente la liberó y nunca más sufrió de aquellos malos espíritus*⁹⁴.

⁹³ Sum pp. 163-165.

⁹⁴ Sum p. 214.

EMBAJADOR A ESPAÑA

Un día llegaron a verlo las principales autoridades del reino de Nápoles para hablar en secreto con él, pues le habían escogido para su embajador con el fin de que fuera a ver al rey de España y comunicarle los desaciertos del virrey para que el reino estuviera en paz, ya que de otra manera se esperaban revueltas populares. El padre no quería aceptar, pero tanto insistieron que al fin aceptó.

El padre Lorenzo salió de Nápoles para España y llegó al mar para embarcarse con dos compañeros, fray Juan María de Monteforte y Jerónimo de Casalbono. Encontraron dos falúas preparadas, pero les avisaron que había peligro, porque delante de ellos había otras dos falúas armadas por orden del virrey para que los prendiesen vivos o muertos. En este aprieto, el padre se puso en oración y después de pedir el auxilio divino, manifestó: *“Ánimo, hermanos, entrad en alta mar y no temáis, porque lo que no quiere hacer el señor N.N., lo hará el mar y lo pasaremos salvos”*. Entonces se lanzaron al mar, a pesar de la tempestad. Los marineros dijeron en mi presencia que el no haber naufragado era un milagro que Dios había obrado por los méritos del padre Lorenzo. Y yo lo creo así⁹⁵.

Este viaje fue prodigioso, pues, a pesar de los peligros, llegaron sanos y salvos a Génova. En esta ciudad encontraron una escuadra de galeras de España, cuyo comandante, apenas supo de su arribo, inmediatamente fue a visitarlo, ofreciéndole la escuadra y su persona para el viaje a España. Después de haber sufrido algunas borrascas en el golfo de León, llegaron felizmente a España, parece que al puerto de Barcelona. Llegaron a Madrid y como el rey Felipe III estaba en Lisboa para tomar posesión del reino de Portugal, se dirigió con sus acompañantes a Lisboa, adonde llegó en junio de 1619.

Don Pedro Toledo llevó al padre Lorenzo y a sus acompañantes a su palacio de Lisboa. El rey Felipe III lo recibió con mucha consideración. En la quinta audiencia empezó a sentirse enfermo y le predijo al rey que la muerte no respeta cetros ni coronas y que debía prepararse. En realidad, dos años después, a la edad de 43 años, pasó el rey al descanso eterno.

⁹⁵ Sum p. 108.

CAPÍTULO QUINTO EN LA PAZ DE DIOS

SU MUERTE

El padre Lorenzo después de su quinta audiencia con el rey de España tuvo una fuerte disentería y tuvo que estar en cama. Los cinco primeros días celebró misa, aunque fuera brevemente. El quinto día dijo a sus dos compañeros que esa era su última enfermedad y que moriría. Ya no pudo levantarse de la cama ni celebrar misa. Sólo recibía la comunión.

Don Pedro de Toledo le avisó al rey y el rey envió a sus mejores médicos para tratarlo, pero no pudieron hacer nada. La enfermedad duró 20 días y Dios se lo llevó a su lado. El 22 de julio, día de su cumpleaños y fiesta de santa María Magdalena, avisó claramente que ese era el último día de su vida. Después del mediodía pidió la unción de los enfermos. Llamaron a dos religiosos franciscanos de la Observancia, quienes se la administraron. Poco después entró en agonía y le leyeron la recomendación del alma como suele hacerse a los moribundos.

El conde Francisco Melzi refiere: *El día de santa María Magdalena fui a visitar al padre Brindis a ver cómo estaba y me dijeron que se iba ya acabando; por lo que resuelto entré donde estaba, para no apartarme ya de allí. Eran cerca de las tres y media de la tarde y observé que dicho padre había ya entrado en la agonía, teniendo la cara y ojos clavados en el cielo. Yo estuve en su cámara y en ningún momento pude advertir en el padre signo alguno de descomposición, conservando siempre su acostumbrada gravedad, recogimiento y atención. Poco antes que muriese, me puse a la izquierda de la estrecha cama en que yacía, y, mirándole, observé que se quedó con quietud y cierta serenidad; y respirando hacia el cielo, salió aquella alma bendita del cuerpo para volar a Dios. Al tiempo de separarse el alma, elevó un poco hacia arriba dos o tres veces la rodilla izquierda, como cuando uno se mueve para subir a lo alto, y este fue el mayor movimiento que hizo. Expiró en el mismo día de santa María Magdalena, 22 de julio del año 1619 cerca de las seis de la tarde en Lisboa, en el Palacio que habitaba don Pedro de Toledo, cerca de la iglesia llamada de las Llagas, adonde el mismo don Pedro le hizo llevar desde Belén al principio de su enfermedad, después que el Rey hizo su solemne entrada*⁹⁶.

⁹⁶ Sum p. 327.

DESPUÉS DE SU MUERTE

La gente pedía reliquias. Unos se llevaban un pedazo de hábito, las sandalias, anteojos, disciplinas, un vaso de barro en que había bebido, etc. El señor Pedro se apropió del breviario y de sus cosas principales, pues estaba en su casa. Incluso mandó a un pintor que le sacara un retrato al natural, que hizo colocar frente a su cama.

Juan Ortiz testifica: *Estando el cuerpo del padre Lorenzo en el palacio de don Pedro de Toledo, quiso este abrir el ataúd para embalsamarlo y ver si había sido envenenado como algunos sospechaban. Me pidió que fuera a buscar algún cirujano para abrir su cuerpo, pero ninguno quiso venir porque decían que por el mucho calor que hacía en Lisboa, el cuerpo del padre debía oler mucho, ya que habían pasado ya 13 ó 14 horas desde su muerte. Busqué uno por la ciudad y encontré uno, pero no quería venir. Habían pasado ya 18 horas de su muerte. Al final, aceptó venir por 30 ducados. Y compramos muchos remedios aromáticos en los que me gasté otros ducados. Llegamos a la cámara mortuoria y lo primero que ordenó el cirujano fue esparcir por los muros y por todas partes vinagre fuerte y aromas, pensando que, al abrir el cuerpo, saldría muchísimo hedor. El cirujano lo abrió y no se sintió ningún mal olor y había un olor considerado por todos como milagroso, era un olor agradable sobrenatural y no había ninguna señal de envenenamiento* ⁹⁷.

Al día siguiente, el cirujano que había embalsamado su cuerpo se acordó que con los intestinos había sacado también el corazón y estos restos los había enterrado en una iglesia vecina. Los dos compañeros del padre Lorenzo expresaron a don Pedro el deseo de recobrar el corazón. Y con el permiso del arzobispo, se procedió a desenterrar los restos. Observaron que exhalaban buen olor; recobraron el corazón y don Pedro lo mandó embalsamar y lo partió en dos partes iguales. Cada compañero tomó su parte. Estas partes del corazón se llevaron a Venecia, una partecita al duque de Baviera y otra a la ciudad natal del padre Lorenzo: a Brindis. A esta misma ciudad entregaron la cruz de madera que siempre llevaba al pecho el siervo de Dios.

Después de embalsamado su cuerpo hubo una disputa entre los franciscanos observantes y los conventuales sobre en qué iglesia debía depositarse el cadáver. Don Pedro de Toledo creyó que tenía más derecho que ninguno y, como tenía una hija religiosa en el monasterio de la Anunciada de Villafranca, que pertenecía a su marquesado, decidió llevarlo allá para que se conservara en sus posesiones en la iglesia de las religiosas clarisas, donde estaba su hija.

⁹⁷ Sum pp. 333-334.

Para ello envió al capitán Ortiz para que llevara el santo depósito hasta Villafranca del Bierzo (León). Había mandado hacer un ataúd, forrándolo en su interior con planchas de plomo. El cortejo salió en secreto en la noche del 23 al 24 de julio y, después de 18 horas de viaje, llegó a su destino. Dios hizo algunos prodigios para manifestar la santidad de su siervo. La noche de la vigilia de san Lorenzo (9 de agosto), estando el aire cubierto de nubes y muy oscura, tres religiosas que casualmente estaban despiertas, vieron entre la oscuridad de las nubes un gran globo de luz, que de vez en cuando despedía unos rayos luminosos, que terminaban en el monasterio hacia la parte en que después fue colocado el cuerpo del siervo de Dios.

Otro prodigio. Al rayar el alba del día de san Lorenzo (10 de agosto), todas las campanas de la colegiata y de otras iglesias tocaron por sí mismas y despertaron a los habitantes del lugar. Al día siguiente, llegaba la comitiva y todos entendieron el porqué de las campanas. Las religiosas recibieron procesionalmente el precioso tesoro y lo depositaron en una concavidad del coro bajo.

Veamos la declaración de la hija de don Pedro de Toledo, abadesa del convento de la Anunciada de Villafranca (León), en 1630. Doña María de Toledo Osorio, abadesa del convento de nuestra Señora de la Anunciación de esta Villa de Villafranca, de edad de cuarenta y nueve años, después de haber jurado en forma, y preguntada por la comisión, dijo: *Que su Excelencia don Pedro de Toledo Osorio, marqués y señor, que fue de este Estado, que santa gloria haya, escribió a esta testigo enviándole con la carta el cuerpo santo del P. Fr. Lorenzo de Brindis, diciéndole en ella cómo había sido religioso capuchino y general de su Orden; y que en vida había hecho muchos milagros en las guerras, que su Excelencia, en nombre de Su Majestad, había tenido con los herejes, y en otras guerras. Y que había resucitado muertos, de que su Excelencia tenía entera certeza; y encomendándole mucho la veneración como se había de tratar su cuerpo; y así esta testigo y la Madre abadesa, que era entonces, y las demás religiosas, le recibieron con “Te Deum laudamus”, y campana tañida, cruz y luces, y más insignias, que se acostumbra en procesiones con cuerpos santos, y le hicieron poner en un lugar decente en el coro bajo, con su altar encima del cuerpo. Siempre ésta que declara, y todo su convento, lo han venerado, y respetado como a tal santo; y ahora le quiere poner su Señoría sobre la misma urna donde estaba, para preservarlo de la mucha humedad, por el temor de que no se consuman las reliquias y huesos del dicho santo con la dicha humedad, en una caja, que se hizo de propósito, para el dicho efecto, forrada por fuera de raso negro emprensado y por dentro forrada dicha arca de tafetán amarillo*

labrado (digo de tafetán encarnado). Toda la dicha arca tachonada de clavazón dorado, con las armas de los Toledos ⁹⁸.

HECHOS MARAVILLOSOS

Sor Apolonia Pasquali asegura: *El año 1619 yo era la sacristana en el mes de julio. El día de san Pantaleón tomé la lámpara que ardía delante de la capilla del Santo Crucifijo en la parte derecha de la iglesia, La limpié, puse aceite, como siempre, y continuó ardiendo durante tres días, cuando normalmente cada día se echaba aceite, pues yo me había olvidado. Al darme cuenta del hecho extraordinario, se lo manifesté a la Madre Superiora y a otras religiosas que lo observaron y fui a ver la lámpara y estaba llena de aceite y, teniéndolo por milagro, saqué de ese aceite y lo apliqué como remedio a algunos enfermos. Primero a mí misma, que tenía un gran dolor de cabeza y me sané, después a Isabel Eischetta que tenía muchos dolores de rodilla y quedó sana. También mandé un poco de ese aceite al señor arzobispo que tenía una sobrina, llamada Catalina Falces, muy enferma y oí que, cuando le aplicaron el aceite, quedó sana de inmediato* ⁹⁹.

Felipe de Custodia, hermano laico capuchino, certifica: *Yo me enfermé gravemente en Vicenza con mucha fiebre y con una sed muy grande. Invoqué el auxilio del padre Lorenzo y le dije: “Padre Lorenzo, yo te he servido, te pido por la devoción que tenías a la santísima Virgen que me quites esta sed y también la fiebre”. Me tranquilicé y se me apareció el padre Lorenzo con la santísima Virgen y algunas vírgenes; todos traían frascos. El padre me ofreció el suyo, diciéndome: “Bebe”. Yo lo tomé y bebí. La Virgen hizo lo mismo y bebí. Las vírgenes quisieron ofrecerme de sus frascos, pero dije que ya no tenía sed. En eso me desperté y ya no tenía sed ni tampoco fiebre y, a los dos días, regresé a Padua con estupor del médico. Esta curación la tengo como un milagro del padre Lorenzo* ¹⁰⁰.

Al llegar el cuerpo al convento de la Anunciación, una religiosa, impedida desde hacía varios meses, se hizo llevar al sepulcro del santo y quedó sana instantáneamente. Una mujer vecina de Villafranca, que estaba desahuciada de los médicos, se encomendó al santo y quedó curada.

La señora Preciosa de Brindis certificó que, *a los pocos meses que murió el padre, en la iglesia de su monasterio de Santa María de los ángeles de esta*

⁹⁸ Proceso de Villafranca de 1630, fol 29.

⁹⁹ Sum pp. 351-352.

¹⁰⁰ Sum pp. 350-351.

ciudad de Brindis, sobre el campanario, vio arder como una lámpara y, sobre la puerta principal de la misma iglesia, vio dos estrellas que ardían como dos antorchas por espacio de un cuarto de hora. Y esto lo atribuyó a un milagro del padre Lorenzo ¹⁰¹.

Aurelia de Mogni nos dice: *Mi padre se enfermó el año 1625 gravemente. Yo dormía en la habitación vecina a la de mi padre y, a las cinco de la mañana, Genoveva Vergiati, la esposa de mi padre, me pidió con urgencia que llevara luz. La llevé y vi a mi padre que parecía maleficiado y no podía hablar. A la mañana siguiente llamamos al preboste Riboldi para que lo confesara pero no pudo hacerlo, porque no hablaba ni se daba cuenta. El médico tenía poca esperanza en su recuperación. Yo lloraba y la señora Genoveva me ordenó que fuese a la parte baja de la casa para no afligirlo. Poco después bajó ella y dijo que mi padre había mejorado y quería cenar. Yo no podía creer que hubiese mejorado tan rápidamente y, después de cenar mi padre, contó que al oírme llorar había mirado una imagen del padre Lorenzo. Pensó que se iba a morir y le pidió al padre Lorenzo la salud. Entonces se le apareció en el aire una nubecita y se movió hasta que se posó sobre su corazón y, de pronto, sintió que se iban todos sus males. La nube desapareció y él quedó sano, creyendo que en la nube estaba el difunto padre Lorenzo* ¹⁰².

En Villafranca del Bierzo (León) se han hecho varios Procesos en 1630, 1677 y 1734. De estos Procesos hay copias auténticas en el archivo de la provincia de Castilla, donde se refieren muchos milagros del siervo de Dios, realizados después de su muerte. Pongamos un botón de muestra.

Sor María de la Cruz era novicia y estaba baldada y ciega, por cuyo motivo no la querían aceptar para la profesión. Ella se encomendó al siervo de Dios en su sepulcro y se quedó dormida. Al despertar, se halló de repente sana y buena y pudo profesar y ser una buena religiosa.

¹⁰¹ Sum pp. 353-354.

¹⁰² Sum pp. 348-349.

BEATIFICACIÓN Y CANONIZACIÓN

Fue beatificado por el Papa Pío VI el 23 de mayo de 1783 y canonizado por el Papa León XIII el 8 de diciembre de 1881. La sagrada Congregación de Ritos el 9 de diciembre de 1724 y el 13 de febrero de 1734 aprobó sus escritos con el elogio: *Verdaderamente puede ser contado entre los Santos Padres.*

Fue nombrado doctor de la Iglesia por el Papa Juan XXIII en 1959. Es llamado el doctor apostólico. Sus obras están en 15 volúmenes manuscritos, donde hay 800 sermones y algún escrito apologético.

Su fiesta se celebra el 21 de julio y su principal santuario está en Villafranca del Bierzo (León-España), donde está su cuerpo embalsamado. Es Patrono de Brindis, su ciudad natal.

CONCLUSIÓN

Después de haber leído la vida de san Lorenzo de Brindis, nuestra alma se eleva hacia Dios, que es el artífice y dador de tantas bendiciones que derramó sobre su siervo y sobre tantas personas que fueron bendecidas por él. San Lorenzo de Brindis es uno de los santos más carismáticos de la Iglesia y es uno de los más insignes luchadores en favor de la fe cristiana contra los protestantes y los musulmanes. Al igual que su hermano capuchino el beato Marcos de Aviano, su influencia espiritual sobre las tropas fue decisiva para la batalla por la liberación de Belgrado en 1601, al igual que lo fue Marcos de Aviano para vencer a los turcos en el sitio de Viena en 1683.

Por otra parte, fue grande la labor apostólica, que desarrolló en Italia, España, Francia, Suiza, Bohemia, Hungría, Austria y Alemania principalmente. Por todas partes dejaba pruebas de su santidad por medio de los milagros que hacía. Cuando predicaba, se reunían miles de personas y lo buscaban de todas partes para recibir su bendición sanadora. Esto sucedió también unos 80 años después con el beato Marcos de Aviano. En el siglo XV había sucedido también con san Juan de Capistrano, un santo franciscano, que ayudó a los cristianos en la liberación del sitio de Belgrado por los turcos en 1456.

Que Dios nos bendiga por medio de estos santos que defendieron nuestra fe, para que la valoremos y no dejemos que otros nos aparten de ella, sino que nosotros seamos verdaderos misioneros y apóstoles de la fe católica entre protestantes, musulmanes, ateos, etc., para gloria de Dios y bien de sus almas.

Amable lector, que seas santo, ése es mi mejor deseo para ti.

Tu hermano y amigo del Perú.
P. Ángel Peña O.A.R.
Agustino recoleto

&&&&&&&&&&&
Pueden leer todos los libros del autor en
www.libroscatolicos.org

BIBLIOGRAFÍA

- A. da Carmignano, di Brenta, *Missione diplomatica di Lorenzo da Brindisi alla Corte di Spagna*, Padova, 1964.
- A. da Carmignano, *S. Lorenzo de Brindis, doctor de la Iglesia*, Madrid, 1959.
- Ajofrín Francisco de, *Vida, virtudes y milagros del beato Lorenzo de Brindis*, Madrid, 1784.
- Arturo da Carmignano, di Brenta, *S. Lorenzo da Brindisi, dottore della chiesa universale*, Padua, 4 vol 1960-1963.
- Beatificationis et canonizationis servi Dei Laurentii a Brundusio. Positio super dubio*, Roma, 1756.
- Benedetto da S. Marco in Lamis, *S. Lorenzo da Brindisi: il serafico, l'apostolo, il grande*, Campobasso, 1920.
- C. de Solesimo, *L'apologetica di S. Lorenzo da Brindisi*, Roma, 1959.
- Carito Giacomo, *Giulio Cesare Russo e la spiritualità cristiana in Brindisi fra XVI e XVII*, Brindisi, 1977.
- Catarozzolo Angelo, *Padre Brindisi, apostolo senza frontiera*, Galatina, 1999.
- Chiale Basilio da, *S. Lorenzo da Brindisi*, Bari, 1960.
- Cocaleo Buenaventura de, *Resumen histórico de la vida, virtudes y milagros del beato Lorenzo de Brindis*, Valencia 1784. Este libro está basado en los procesos presentados a la Congregación de Ritos.
- Fara Lorenzo da, Remigio Battel, *Breviario Laurenziano*, Padova, 1999.
- Felice da Mareto, *Bibliografía Laurentiana, opera complectens an. 1611-1961*, Roma, 1962.
- Guzmán Sancho Agustín, *S. Lorenzo de Brindis, doctor apostólico*, 1994.
- Jerôme de Paris, *La doctrine mariale de Saint Laurent de Brindis: etude theologique*, Roma-Paris, 1933.
- Lamberto de Zaragoza, *Compendio histórico de la vida del b. Lorenzo de Brindis*, Pamplona, 1784.
- Lorenzo de Brindis, *Opera omnia*, en 15 vol, Ed. critica Quarachi, 1926-1956.
- Lotti Leonardo, *S. Lorenzo da Brindisi, dottore della Chiesa*, 2005.

&&&&&&&&&&&&&